

VELEIA

REVISTA DE PREHISTORIA, HISTORIA ANTIGUA, ARQUEOLOGÍA
Y FILOLOGÍA CLÁSICAS

Comité de Redacción:

I. BARANDIARÁN

J. L. MELENA

L. MICHELENA

J. SANTOS

Secretario:

J. GORROCHATEGUI

4



INSTITUTO DE CIENCIAS DE LA ANTIGÜEDAD
AINTZINATE-ZIENTZIEN INSTITUTUA

SERVICIO EDITORIAL
UNIVERSIDAD DEL PAIS VASCO



ARGITARAPEN ZERBITZUA
EUSKAL HERRIKO UNIBERTSITATEA.

VITORIA

1 9 8 7

GASTEIZ

CARATULA:
Torso *thoracatus* hallado en
Iruña, Alava, la
antigua
VELEIA

LOS ESTUDIOS SOBRE ANTROPOLOGÍA PREHISTÓRICA EN EL PAÍS VASCO


1. A LA MEMORIA DE JOSÉ MARÍA BASABE

El 25 de octubre de 1985 falleció en Bilbao el Dr. José M.^a Basabe Prado. Hasta un año antes, en que se produjo su cese por jubilación, había sido catedrático de Antropología en la Facultad de Ciencias de la Universidad del País Vasco. Con su muerte desaparece el más importante de nuestros especialistas en Antropología Física. Su aportación escrita al conocimiento de la tipología de la población vasca (actual y, sobre todo, prehistórica) resulta de utilización absolutamente imprescindible: tanto en monografías de colecciones osteológicas concretas como en elaboraciones más generales sobre las características formales de los grupos en el país y sobre el proceso genético de su conformación.

Su actividad científica se articula en la última etapa, de extraordinaria brillantez, de los estudios sobre Paleantropología vasca: integrándose, de pleno, en la obra ejemplar desarrollada por otros dos compañeros de «generación», también fallecidos ya, los Dres. Miguel Fusté (de Barcelona) y R. Riquet (de Burdeos). Conoció a Basabe en 1964 y conté, desde entonces, con su cooperación desinteresada para el estudio antropológico de los restos recuperados en nuestras campañas de excavación arqueológica en diversos yacimientos peninsulares: una pieza neandertalense en la cueva de Los Casares (Guadalajara) y colecciones muy amplias de la fosa colectiva calcolítica de La Atalayuela (Rioja), del depósito de inhumación de la antigüedad tardía de la cueva Foradada (Huesca) y de la necrópolis medieval de Astigarribia (Guipúzcoa). Cuantos le tratamos sabemos de sus profundos conocimientos, de su actividad incansable y de su noble amistad: investigador siempre inquieto y amigo cordial. Con su muerte desaparece una pieza muy importante de nuestra Universidad, un eminente especialista en la Antropología del Sudoeste europeo y un hombre de bien. Ese pretexto, ineludible, nos anima a recordar en su memoria la situación actual de aquella rama del saber en la que especialmente destacó.


José María Basabe había nacido el 20 de agosto de 1914 en San Julián de Musques (Vizcaya). Era Doctor en Ciencias Biológicas y Licenciado en Medicina por la Universidad de Barcelona, en cuyo Departamento de Antropología —que por los años cincuenta dirigía S. Alcobé— se integró. En una primera etapa de investigación antropológica se dedicó Basabe a estudios sobre poblaciones vivas de inmigrantes a Cataluña desarrollando temas concretos sobre demografía, polimorfismos sanguíneos, factores genéticos y adquiridos... Profesor Adjunto por oposición en la Universidad Central de Barcelona, en noviembre de 1959, trabajó allí durante quince años; inclinándose enseguida hacia la investigación de colecciones osteológicas prehistóricas del País Vasco y a la identificación de aquellas características «antiguas» que perduran en los grupos autóctonos actuales. Recogía, con ello, una sólida tradición intelectual arraigada en Barcelona: tal como había sido desarrollada por quien fuera Catedrático de Antropología de aquella Universidad, el maestro T. de Aranzadi, y cultivaban en los años en que Basabe profesó en ella los Dres. S. Al-

eman la zabalazti



universidad del país vasco

CONVENIO
DE
COLABORACION
1984



euskal herriko unibertsitatea

Esta publicación ha sido posible gracias a la munificencia de la Excm. Diputación Foral de Alava, en el marco del Convenio suscrito por dicha Institución con la UPV/EHU

I S S N 0213 - 2095

Depósito legal: S. 305 - 1985

EUROPA ARTES GRÁFICAS, S. A. - Sánchez Llevot, 1 - Teléfono 22 22 50 - 37005 Salamanca, 1987

cobé (Catedrático sucesor en la que ocupara Aranzadi) y M. Fusté (investigador del C.S.I.C.), expertos conocedores del panorama antropológico de la Prehistoria peninsular.

A comienzos de los 60 trabajará Basabe en colaboración con R. Riquet en un ambicioso plan de revisión de las colecciones antropológicas de la Prehistoria postpaleolítica en Europa Occidental, asumiendo una responsabilidad inmediata en el estudio de las series encontradas en el País Vasco. Obtiene en junio de 1973, por oposición, la plaza de Profesor Agregado de Antropología en la Universidad de León, accediendo, en enero de 1976, a la Cátedra de Antropología de nuestra Universidad, dentro del Laboratorio de Genética del Departamento de Biología de la Facultad de Ciencias. Profesó aquí hasta su jubilación suscitando un prometedor grupo de colaboradores que están ahora asumiendo la continuidad en las investigaciones que Basabe promovió, tanto en poblaciones prehistóricas como en grupos vivos.

La obra escrita de J. M.^a Basabe que ahora interesa a nuestro propósito se produjo en los últimos veinticinco años, con un total de treinta títulos impresos (o en vías de inminente publicación). Se agrupan en diversos apartados temáticos:

- a) *Sobre tipología actual en la Antropología del pueblo vasco*, señalando criterios de determinación y evaluación formal de caracteres craneales o sus modalidades genéticas (Basabe 1961, 1962a, 1962c; Rúa-Basabe 1982; Rúa-Eguía-Basabe 1981) o reflexionando sobre la perduración de los tipos prehistóricos en los actuales (Basabe 1966a, 1971a) o desarrollando otros controles raciales (Basabe 1965).
- b) *Sobre Paleantropología del País Vasco y zonas limítrofes en Rioja*, en monografías descriptivas y analíticas de diversas colecciones de restos del Paleolítico Medio (Basabe 1966b, 1970, 1973a), de varios depósitos colectivos en tumbas artificiales (dólmenes básicamente: Basabe 1962b, 1966c, 1978) o en cuevas de inhumación del Neolítico al Bronce Pleno (Basabe 1963, 1967, 1971b, 1985c; Basabe-Bennassar 1985b; o preparando la aportación de Fusté 1982). O bien en visiones sintéticas de conjunto (Basabe 1964, 1969) o en reciente esquema completo y muy didáctico (Basabe-Rúa 1983a).
- c) *Sobre otras colecciones prehistóricas peninsulares*, tanto en varias monografías sobre lotes concretos (Basabe 1971c, 1973b, 1985d; Aguirre-Basabe-Torres 1976; Aguirre-Lumley-Basabe-Botella 1977; Basabe-Bennassar 1980) como en sinopsis generales (Basabe 1982; Alcobé-Basabe-Riquet-Schwidetzky 1978).

2. EL PROGRESO DE LOS ESTUDIOS DE ANTROPOLOGÍA EN EL PAÍS VASCO

En la última década del siglo pasado y a lo largo del primer tercio del presente adquiere madurez un bien trabado cuerpo teórico de identificación de elementos antropológicos particulares entre los ocupantes de parte del Pirineo vasco. La definición de los caracteres óseos y externos de ese grupo de población (los «vascos» o «pirenaico-occidentales») se fue formalizando a partir de concretas revisiones de colecciones, básicamente craneales, reunidas en el siglo pasado o a partir de controles sobre individuos vivos. Se anotaron los rasgos anatómicos diferenciales más notables de esa «etnia» con respecto a los grupos mayores de Europa Occidental; a la vez que se advertían rasgos distintivos en su seno, entre las poblaciones estudiadas a uno y otro lado de la Cadena pirenaica, en Francia y en España.

La madurez de esa etapa de estudios de Antropología Física viene ya suscitada en conocidos ensayos de P. Broca, de R. Collignon y de E. de Eguren, elaborados con una metodología depu-

rada y se asegura en el denso caudal de análisis concretos de tipometría y morfología ósea llevados a cabo por T. de Aranzadi.

El acceso a lotes de huesos prehistóricos, recuperados en las excavaciones desarrolladas entre la segunda y la cuarta décadas de este siglo, básicamente por T. de Aranzadi, J. M. de Barandiarán y E. de Eguren en dólmenes y algunas cuevas del País Vasco peninsular y por E. Passemard y R. de Saint-Périer en el yacimiento de Isturitz (Baja Navarra), aportarían la trama inicial para la definición de los tipos humanos que aquí vivieron hace milenios. Tal situación mejora sensiblemente en los últimos veinticinco años, al intensificarse los programas de excavación sistemática y producirse, en ellos, importantes hallazgos antropológicos (siempre insuficientes).

La iniciativa de las investigaciones antropológicas en nuestra zona ha sido siempre llevada por individuos bien preparados desde instituciones de reconocido prestigio en solera acreditada de años. Como referencia ejemplar se puede recordar el protagonismo de equipos y centros universitarios en los que se integraron las figuras señeras en estas disciplinas: como es el caso de T. de Aranzadi (Catedrático desde 1899 en la Universidad de Barcelona y, concretamente, de Antropología entre 1920 y 1931), de S. Alcobé (en la misma Cátedra), de E. de Eguren (Catedrático de Ciencias en la Universidad de Oviedo entre 1915 y 1944), de R. Riquet (Catedrático de Antropología en la Facultad de Medicina de la Universidad de Burdeos I), de L. de Hoyos (en la Universidad Complutense), o de las generaciones recientes en M. D. Garralda (Universidad Complutense) o C. de la Rúa (Universidad del País Vasco), recordando, obviamente, al propio Basabe. Sin olvidar otros especialistas reconocidos en centros de sabida capacidad: como H. V. Vallois (Director del Instituto de Paleontología Humana de París y redactor-jefe de las series de la «Société d'Anthropologie» de París y de la revista «L'Anthropologie»), M. Fusté (investigador científico del Centro de Genética Animal y Humana, C.S.I.C., de Barcelona) o P. Marquer (del Laboratorio de Antropología del Musée de l'Homme de París).

Se deduce de esa serie de actuaciones en Antropología Física de la Prehistoria vasca una historia básica de las investigaciones estructurada en cuatro etapas fundamentales:

- una primera, de pioneros y primer desarrollo de esa Ciencia, en la segunda mitad del siglo pasado y hasta 1914;
- una segunda, de 1914 a 1936, de asentamiento formal de las bases de la Paleantropología vasca a partir del estudio de las primeras colecciones osteológicas recuperadas en excavación;
- una tercera, hasta finales de la década de los 50, con escasos avances positivos sobre lo conocido de antes;
- y una etapa actual, en los últimos veinte años a partir de 1960.

2.1. El comienzo de los estudios sobre Antropología vasca (1860-1914)

El estudio de las evidencias culturales «primigenias» en Euskal Herria, en la segunda mitad del siglo pasado, aparece matizado por las características lógicas de toda actividad de pioneros. Diversos planteamientos históricos tópicos elaborados desde posiciones políticas o sentimentales traban el razonamiento de muchos eruditos de aquel tiempo al enfrentarse con el hallazgo de las primeras tumbas prehistóricas reconocidas (las cámaras dolménicas). De forma que las opiniones suscitadas desde perspectivas no precisamente científicas intentan articularse en un solo argumento histórico en que debe quedar bien concordada la entidad cultural-étnica de los euskaldunes con la originalidad y remota antigüedad aceptada para su lengua. Así (tal como se explica más extensamente en I. Barandiarán 1985, pp. 87-94) se establece una interpretación de base de

aquellos megalitos que, durante varios decenios (de hecho hasta la decisiva intervención de Aranzadi, Barandiarán y Eguren en la segunda década de este mismo siglo), constituirá trama fundamental en el argumento de nuestra historiografía al respecto.

A la madurez del razonamiento sobre la Prehistoria vasca se accede sólo a partir de los años 10 de este siglo. Pero los estudios de Antropología Física sobre la población autóctona habían superado, desde el último tercio del XIX, el límite de un tratamiento objetivo, rigurosamente científico, llevado adelante con gran seguridad por eminentes especialistas.

Es en Francia donde, en las décadas 6.^a y 7.^a del siglo pasado, se produce el rápido desarrollo y la consolidación de una bien trabada ciencia antropológica. Con rapidez se acumula una cuidada y asombrosamente extensa producción escrita, cuyos autores punteros serán J. L. A. de Quatrefages, E. T. Hamy o P. Broca. Debiéndose reconocer en España el mérito, entre otros, de los profesores P. González Antón o F. de Olóriz, en instituciones de Madrid.

El conocido naturalista J. L. A. de Quatrefages (que en 1863 asumió la presidencia de la Sociedad de Antropología de París) había de perfilar en 1850 en sus «Souvenirs d'un naturaliste» (que publicaría la *Revue des Deux Mondes*, en 15-mayo-1850) la definición de la singularidad racial del pueblo vasco. Con determinadas imprecisiones reconocerá Quatrefages algunas de sus características propias, ampliándolas en el contexto de sus monumentales *Crania ethnica* (que, en grueso volumen y amplio atlas, publica en 1882 con E. T. Hamy) e *Histoire générale des races humaines* (que ve la luz en París en 1889).

Es a P. Broca a quien se debe el primer estudio sistemático de las características formales de la etnia vasca viva. Médico y antropólogo francés, Broca (1824-1880) fundó en 1859 la prestigiosa «Société d'Anthropologie de Paris» (que pronto editará sus insustituibles «*Bulletin*» y «*Mémoires*»), siendo considerado hoy el real creador de la moderna Ciencia Antropológica: los principales métodos de medición que Broca pone a punto serán, hasta ahora mismo, imprescindibles en cualquier análisis craneométrico. A él se debe el estudio de algunos de los restos fósiles extraídos hacía poco de yacimientos paleolíticos franceses (Solutré, «Les Eyzies», Laugerie-Basse...), sentando las bases de la craneometría comparada en el análisis de series diversas del Sudoeste europeo. Precisamente para poder decidir sobre la entidad racial de los grupos del Pirineo Occidental gestionó Broca el envío a París de una colección craneal del cementerio de Zarauz; surgiendo de su contraste tipométrico con otra serie de San Juan de Luz la primera determinación objetivada de las características «raciales» de los vascos.

Para explicar las ligeras diferencias constatadas entre las colecciones de poblaciones vascas de Francia y España, pero a la vez afirmar la singularidad global de la raza vasca en su conjunto, se asegura que desde el principio debe suponer ésta una especie de grupo-testigo de las poblaciones «pre-arias de Europa». En 1868 lo afirma P. Broca con claridad: «Las dos ramas del pueblo vasco deben sus analogías a su antigüedad similar... Esos dos grupos se asemejan, pese a su diversidad, por rasgos que han podido ser comunes antaño a las otras razas pre-célticas de la misma región del globo... ¿No es probable que antes de las grandes migraciones las razas de Europa occidental debieron ofrecer entre ellas, aunque pudiesen diferir bastante en algunos aspectos, afinidades morfológicas más o menos estrechas?». En suma, opinaba Broca (según glosa de R. Collignon 1895, pp. 3-4) que «antes de la llegada de los grupos braquicéfalos del tipo que se llamaría luego céltico y antes de la de las múltiples invasiones de dolicocefalos rubios, todo el occidente de Europa estaba ocupado por pueblos, unos dolicocefalos, otros braquicéfalos, pertenecientes a un sustrato cuaternario todavía desconocido, que esos varios pueblos hablaban una lengua aglutinativa de la que procederían los varios dialectos vascos modernos y que, vencidos por los recién llegados, habían sido tanto unos como otros arrinconados en las montañas del norte de España y del sudoeste de Francia».

El belga V. Jacques, al estudiar las colecciones antropológicas exhumadas por los Siret en las necrópolis argáicas del Sudeste español, esbozó una tipología racial básica de las poblaciones prehistóricas peninsulares. Aparte de ciertos atavismos del tipo de Neanderthal distingue (Jacques 1888, p. 226) tres series craneales diferentes: los braquicéfalos del Oeste de Europa, los del tipo de Cro-Magnon y los vascos (a los que, pronto, se añadirían los tipos mediterráneos). V. Jacques identificó a una de las variedades de vascos que habían señalado Quatrefages y Hamy poco antes de «cabeza de liebre» como probable supervivencia de los tipos epipaleolíticos de Muge (en parte, por ello, de características paleomorfas derivadas de los de Cro-Magnon), como el vasco por excelencia, tipo o raza *pirenaico occidental*: según término que él propuso y a través del uso habitual por T. de Aranzadi es hoy el reconocido para referir el componente antropológico más propio de Euskal Herria.

R. Collignon, médico militar en la Escuela Superior de Guerra de París, es autor de muy importantes aportaciones al conocimiento de la Antropología Física del pueblo vasco: debiéndose recordar la extensa monografía en que esas poblaciones quedan detalladamente caracterizadas en el contexto de las conocidas en todo el Sudoeste francés, según se publicó en la serie de memorias de la Sociedad de Antropología de París (Collignon 1895), o la visión sinóptica ofrecida al congreso sobre la tradición del País Vasco (Collignon 1899). Las conclusiones de los trabajos de Collignon anotan la existencia de elementos distintos (una «raza vasca») a un lado y otro del Pirineo, pero admitiendo a su vez diferencias internas entre las series vascas examinadas a ambos lados de la cadena montañosa. «De acuerdo con lo que habían anotado quienes observaron a los vascos de las dos vertientes del Pirineo (Collignon 1895, pp. 50-51) hay disparidad entre los dos pueblos que hablan euskera. Los unos son braquicéfalos (al Norte) y los otros (los vascos peninsulares) dolicocefalos o, para ser más exactos, sub-braquicéfalos y mesaticéfalos. Pero, por el conjunto de sus caracteres faciales, difieren poco unos de otros y se separan por el contrario de las poblaciones vecinas sea cual fuere la raza a la que pertenezcan». Advirtiendo más en detalle, al elucidar sobre las causas y sentido de esas diferencias, que «los puntos por los que ambas poblaciones (Collignon 1895, pp. 56-57) vascas se separan son comunes a los españoles propiamente dichos y a los vascos de España y pueden deberse al cruce entre estas dos razas, mientras que aquellos por los que todos los vascos se asemejan les son propios y no pertenecen sino a ellos... Debiéndose, en fin, resaltar la diferencia (inexplicable por cualquier otro concepto) que se aprecia a nivel racial entre los vascos de Francia y los verdaderos Aquitanos por una parte y entre los vascos de España y los españoles ordinarios del norte, por otra».

El norteamericano W. Z. Ripley al estructurar, a fines del XIX, las razas de Europa ofrece una clasificación elemental en tres ramas genéricas —los teutónicos, los alpinos y los mediterráneos— situando a los grupos vascos en una posición intermedia entre alpinos y mediterráneos.

T. de Aranzadi (Vergara 1860 - Barcelona 1945) es el hombre puente de esta etapa en la siguiente, protagonizando el período de maduración de los estudios de Antropología en poblaciones actuales y el desarrollo del primer capítulo de identificación de los restos prehistóricos (básicamente dolméricos). Sus primeras valoraciones monográficas de conjunto (Aranzadi 1889; Aranzadi 1894, en el Boletín de la Soc. de Antropología de París) hallan amplia exposición divulgativa en la conocida Geografía General del País Vasco-Navarro que edita J. Carreras Candi (Aranzadi 1911).

Las series antropológicas en que se basó la definición de la tipología vasca en el último tercio del siglo XIX son, en parte, colecciones de cráneos conservados en museos y, en parte, cuadros de mediciones efectuadas en individuos vivos. Debemos recordar entre las más importantes las:

- a) *Serie de cráneos de Zarauz*. Recogida por iniciativa de P. González de Velasco, viene del osario de ese cementerio y se dividió en dos lotes: el más importante, en un total de 60 piezas (29 masculinos, 30 femeninos, 1 infantil) fue enviado en 1862 y 1866 a la Sociedad de Antropología de París, a petición de P. Broca; el menor, de 19 cráneos (12 masculinos y 7 femeninos) quedó en Madrid, en el Museo González de Velasco. En la serie parisiense se basaron las apreciaciones de P. Broca, aplicando la metodología (en morfología y tipometría) que acababa de poner a punto para el estudio craneológico; posteriormente ha sido objeto de nuevos estudios, por G. Morant (1929), perfilando lo significativo de esta muestra de población vasca «incontaminada» L. de Hoyos (1950, pp. 64-101) y comparándola M. Marquer (1958) con la serie de San Juan de Luz.
- b) *Serie de cráneos de San Juan de Luz*. Comprende 57 piezas recogidas del osario de la población por el Dr. Argeliez y enviadas a P. Broca: las empleó éste para basar varias notas publicadas entre 1862 y 1868 en el Boletín de aquella Sociedad de Antropología y entre 1863 y 1868 en la serie de Memorias de la misma institución, con una monografía comprensiva de mayor envergadura (P. Broca 1868). La última revisión de la colección de San Juan de Luz se debe a P. Marquer (1958).
- c) *Series de cráneos vascos en Madrid*. Además del lote madrileño de la serie de Zarauz (que, como se refirió, se depositó en la colección González de Velasco del Museo Etnológico), F. de Olóriz conseguiría una interesante colección de cráneos que empleó en buena parte en la formalización tipométrica que se editaría en sus útiles índices cefálicos de la población de España y se depositó en la Facultad de Medicina de Madrid. Las dos series (González de Velasco y Olóriz) serían, precisamente, empleadas por T. de Aranzadi (así en 1889 y posteriormente).
- d) *Mediciones en vivo en San Juan de Luz y Urruña*, en el último cuarto del XIX, por Argeliez (San Juan de Luz, sobre 47 individuos) y A. d'Abbadie (Urruña).
- e) *Mediciones de guipuzcoanos y vizcaínos*, en un muy importante lote de 250 individuos de Guipúzcoa (San Sebastián, Tolosa, Azpeitia, Cegama, Zumátraga, Oñate, Vergara y Eibar) y Vizcaya (Marquina y Elorrio) que estudió T. de Aranzadi para su monografía sobre el pueblo euskaldun de 1889.
- f) *Mediciones de soldados vascos* efectuadas por R. Collignon, del reemplazo de 1892: una gran serie proviene de individuos del Departamento de Bajos Pirineos comprendiendo 732 «netamente vascos» («de lengua y de raza») completada con otros 1.027 fronterizos; otra serie menor, de 53 soldados del batallón de Cazadores de Barbastro, asentado en San Sebastián, distribuidos como 30 guipuzcoanos, 13 vizcaínos, 6 alaveses y 4 navarros.
- g) *Noticias sobre hallazgos de restos humanos prehistóricos*. Se producen en estos decenios de transición del siglo pasado al presente diversas actuaciones en yacimientos prehistóricos, no bien controladas por lo común. Es así como se recogen noticias de hallazgos antropológicos, perdidos casi en su totalidad e imposibles hoy de utilizar: cuales son varias referencias al respecto en los depósitos paleolíticos de Iparralde de Olha 1 y de Isturitz o en las cámaras dolménicas de Álava (Llanada, Cuartango...).

2.2. *El estudio de las primeras series de Antropología prehistórica vasca (1914-1936)*

En 1914 publicó E. de Eguren (Vitoria 1888 - Oviedo 1944) su tesis doctoral sobre Antropología del pueblo vasco, combinando múltiples referencias ajenas con sus mediciones de poblaciones en vivo y de algunos restos hallados en dólmenes alaveses.

Inmediatamente se va a producir el acceso a colecciones de Antropología prehistórica en el territorio de Euskal Herria, que se sucede de forma acelerada en el período en que T. de Aranzadi, J. M. de Barandiarán y E. de Eguren intervienen —entre 1917 y 1936— en la excavación arqueológica de muchos yacimientos del país (sobre todo, en bastantes sepulcros colectivos dolménicos). Muy poco antes se inició por T. de Aranzadi y F. de Ansoleaga la excavación de monumentos del Aralar que se potencia al consolidarse aquel ejemplar equipo de investigadores. Es precisamente en las memorias de excavación que ofrecen, con puntualidad, al poco de concluir las respectivas campañas donde se ofrece el diagnóstico antropológico básico (descripción de las piezas, cálculo de número mínimo de individuos presentes en la muestra, apreciación de caracteres sexuales, de edad y de eventuales alteraciones patológicas, evaluación tipológica y racial). En este orden de referencia bibliográfica es obligado recordar aquí las memorias escritas que dieron cuenta de los más interesantes lotes de restos humanos de estaciones dolménicas: en Aralar (Aranzadi-Ansoleaga 1915, 1918; Aranzadi-Barandiarán-Eguren 1919b; Aranzadi-Barandiarán 1924), Aizkorri (Aranzadi-Barandiarán-Eguren 1919a), Elosua-Plazentzia (Aranzadi-Barandiarán-Eguren 1922) o Encia y Urbasa (Aranzadi-Barandiarán-Eguren 1921, 1923). Así como los hallazgos antropológicos en niveles postpaleolíticos de las cuevas de Santimamiñe (Aranzadi-Barandiarán-Eguren 1931; Aranzadi-Barandiarán 1935) y de Lumentxa (Aranzadi-Barandiarán 1935).

En esta misma época en la cueva de Isturitz se desarrollan sendas intervenciones de excavación por E. Passemard (entre 1913 y 1923) y por R. de Saint-Périer (entre 1928 y 1935) exhumando restos humanos paleolíticos apenas estudiados al detalle (E. Passemard 1924, p. 202; R. de Saint-Périer 1936, p. 12...).

Por otra parte las excavaciones, en curso desde 1929 y que interrumpe el estallido de nuestra guerra civil de 1936, en la cueva guipuzcoana de Urtiaga aportan a T. de Aranzadi y J. M. de Barandiarán una importante colección antropológica en estratigrafía que se divulgará y valorará en la década siguiente.

El diagnóstico tipológico de esos primeros restos prehistóricos recuperados en el país amplía evidentemente el ámbito temporal de la «raza vasca», advirtiéndose en varios de los cráneos hallados en excavación algunas de las características definidas como fundamentales en las poblaciones autóctonas actuales. De tal modo que es en esta etapa de los estudios de Antropología vasca cuando se sugieren las primeras hipótesis razonadas sobre la antigüedad de las poblaciones autóctonas y su proceso genético a partir de las prehistóricas.

Junto a la iniciación de nuestra Paleantropología en el primer tercio de este siglo se precisa notablemente la definición tipológica de las poblaciones vascas actuales; merced, sobre todo, a la extensa aportación escrita de T. de Aranzadi. Su obra impresa se puede condensar en aquellos tres textos imprescindibles que casi introducen, culminan y concluyen su nutrida serie de publicaciones sobre Antropología vasca: por un lado el preciso estado de la cuestión que había difundido en el Boletín de la *Société d'Anthropologie* de París a fines del siglo pasado (Aranzadi 1894), por otro la importantísima síntesis métrica de treinta años más tarde (Aranzadi 1922), y por último la sinopsis de craneometría y definición formal del pueblo vasco que ofrece al Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnográficas de Londres (Aranzadi 1934). En su más ambiciosa obra de madurez (Aranzadi 1922) fue intención del gran antropólogo reunir las diversas series de datos recogidos por otros anteriormente con los suyos de lotes o de temas concretos (así las revisiones de cráneos guipuzcoanos de 1913 o vizcaínos de 1919, las monografías sobre el agujero occipital de 1914 o sobre el triángulo facial de 1917 y 1918), utilizando también las mediciones aportadas por E. de Eguren en 1914 sobre colecciones de Álava y de Navarra.

La definición básica de la morfología de la «raza» vasca queda, así, sólidamente establecida a inicios de la tercera década del siglo sirviendo hoy —salvados perfiles y precisiones aportados en lógica por el progreso del análisis antropológico en los últimos sesenta años— en sus líneas fundamentales. Algunos controles craneométricos contrastados (así Morant 1929 revisando, entre otras, las colecciones de Zarauz) completan este panorama de investigación que es protagonizado sustancialmente por los trabajos de T. de Aranzadi.

2.3. De 1936 a 1960: un período de transición

La contigüidad de la guerra civil española y de la segunda guerra mundial y sus respectivos efectos devastadores inmediatos provocan la lógica interrupción de aquel proceso de investigaciones en que la Paleantropología se estaba desarrollando al ritmo mismo del progreso de las excavaciones arqueológicas en diversos yacimientos prehistóricos vascos. El equipo de investigación de mayor responsabilidad al respecto se dispersa definitivamente al iniciarse, en 1936, la guerra civil: mueren E. de Eguren en Oviedo en 1944 y T. de Aranzadi en Barcelona en 1945 y a J. M. de Barandiarán se le impide el regreso a España (prolongándose su exilio hasta 1953).

En estos años se producen valiosos estados de la cuestión —de carácter sintético— sobre los grupos raciales franceses y peninsulares, hallando en ellos correcta definición antropológica las poblaciones del territorio vasco. El antropólogo francés H. V. Vallois (que en las décadas centrales del siglo es director del Instituto de Paleontología Humana de París y redactor-jefe de las series de Boletín y Memorias de la Sociedad de Antropología de París y de la revista «L'Anthropologie») es autor de una espléndida visión de conjunto de la Antropología francesa (Vallois 1943) valorando adecuadamente la singularidad racial de los vascos. En el mismo sentido deben ser recomendadas las presentaciones que hacen el Catedrático de Antropología de la Universidad de Barcelona del panorama de poblaciones prehistóricas peninsulares al IV Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas de Madrid (Alcobé 1954) y M. Fusté (1956, 1960). La obra de L. de Hoyos, amigo y colaborador en tiempos de T. de Aranzadi y Catedrático (por los años 40) de la Universidad Complutense, debe ser destacada: a él se deben algunas síntesis sobre el conjunto de la Antropología prehistórica peninsular, valorando con intención los restos vascos (Hoyos 1946, 1950, 1953) y estudiando con especial interés las evidencias halladas en la cueva de Urtiaga (Hoyos 1949a, 1949b, 1950). Por fin habrán de recordarse las visiones de conjunto sobre poblaciones del País (Barandiarán 1947a, Jaureguierry 1947) y la importante reflexión comparada sintética de los cráneos prehistóricos vascos (Aranzadi-Barandiarán 1948).

En lo referente a Paleantropología se elaboran en estos años algunos informes de lo excavado anteriormente: así ocurre con los cráneos hallados en la cueva de Urtiaga (Barandiarán 1947b) o con los restos de Isturitz recogidos por los Saint-Périer según informe bastante sucinto de H. V. Vallois (R. y S. de Saint-Périer 1952, pp. 74-79, 167-168, 184).

Vuelto J. M. de Barandiarán del exilio, en 1953, se suscita en torno a él la reanudación de la ralentizada —y casi totalmente detenida— actividad arqueológica de campo en el País Vasco meridional. Entre otras excavaciones de la década de los 50 dirigidas por J. M. de Barandiarán se pueden recordar aquellas donde se recuperan importantes testimonios de la Antropología prehistórica como la de la cueva vizcaína de Atxeta y la de varios sepulcros megalíticos alaveses (donde trabaja en colaboración con D. Fernández Medrano: Alto de la Huesera, Sotillo, San Martín o La Cascaja —en el enclave de Pecina— en La Rioja, y Gúrpide Sur en Cuartango), cuyo estudio se incorpora en la década siguiente (Marquer 1960, Basabe 1962b, Riquet-Rodríguez de Ondarra 1966) al repertorio básico de Paleantropología vasca.

La Seroantropología, que se desarrolla en las décadas centrales del siglo, es aplicada de modo sistemático a grupos amplios de población del País produciendo posibilidades nuevas de clasificación tipológica y permitiendo planteamientos insospechados sobre genética y relaciones intergrupales. Sin que estos sistemas de estudio de poblaciones vivas interesen inmediatamente al propósito de nuestra reflexión sobre Paleantropología vasca debe anotarse el gran incremento que experimenta la especialidad en los años 40 y 50 en esta zona en espléndidos trabajos sobre grupos sanguíneos debidos, entre otros, a H. V. Vallois, J. Moulinier, J. Ruffié y P. Jaureguierry en Iparralde, a L. de Hoyos, A. Eyquen o J. L. Goti en las provincias vascogadas y Navarra, o a M. P. Gray, W. S. Laughlin, L. E. Hopkins, R. Ganzarain, H. Vaccaro o M. A. Etcheberry en grupos vascos incardinados en América del Norte y del Sur. Del mismo modo es de justicia anotar varias monografías en disciplinas de identificación antropológica complementaria, como los estudios de impresiones dermopapilares en vascos por J. Pons.

2.4. Los últimos veinticinco años (1960-1985)

En este período actual se produce un gran enriquecimiento de datos, tanto porque se intensifican el trabajo de excavación arqueológica de los sitios y el hallazgo de restos antropológicos interesantes como porque se preparan elaboradas visiones de conjunto (estudiando las evidencias actuales así como las prehistóricas) sobre las poblaciones vascas en su contexto europeo-occidental. La labor desarrollada por J. M.ª Basabe, R. Riquet, M. Fusté y P. Marquer debe ser, justamente, destacada.

En el recuerdo de las nuevas series óseas recogidas en excavación se han de retener las procedentes de cuatro cuevas de la zona occidental de Álava (Gobaederra y otras), de varias cuevas sepulcrales vizcaínas (Kobeaga y otras), de las de Fuente Hoz (Álava) y Marizulo (Guipúzcoa) entre las ya publicadas, o de las cuevas de Los Husos I (Álava), Padre Areso (Navarra), Abautz (Navarra), La Peña (Navarra), dólmenes de la Chabola de la Hechicera (Álava) y otros, conjunto del depósito de San Juan ante Portam Latinam (Álava) o del poblado protohistórico de La Hoya (Álava) entre los conjuntos más importantes y aún inéditos (o en vía de inmediata publicación).

Es en estos decenios últimos cuando se produce un notable progreso en el estudio de la Antropología vasca en sí, al aplicarse una metodología analítica más afinada y al poseer bastantes series foráneas que permiten todo tipo de comparación con otros grupos de población del Occidente: como sucede en sugestivas aportaciones de hipótesis sobre génesis, derivación y variaciones del tipo pirenaico-occidental por P. Marquer (1963), G. Billy (1964), M. Fusté (1966), R. Riquet (1967, 1968) o J. M. Basabe (1966a, 1969, 1971a).

Miguel Fusté, investigador científico del C.S.I.C. en el Centro de Genética Animal y Humana de Barcelona (fallecido, en edad media, en 1966), elabora una presentación minuciosa y actualizada del tipo vasco en el contexto de las poblaciones ibéricas actuales o de la Prehistoria reciente. Conoció Fusté, en la segunda mitad de la década de los 50, las colecciones más significativas de la Prehistoria peninsular y ofreció excepcionales tratados de conjunto sobre la «raciología» primitiva hispana (Fusté 1956, 1960), detectando la presencia de elementos foráneos al final de la Prehistoria y en la Protohistoria del norte peninsular (Fusté 1965), definiendo con seguridad el tipo pirenaico-occidental (Fusté 1966) y estudiando al detalle la serie osteológica de la navarra cueva de Urbiola (Fusté 1982: en publicación póstuma que cuidó y completó J. M.ª Basabe).

Raymond Riquet, profesor de Antropología en la Facultad de Medicina de la Universidad de Burdeos (fallecido en 1982), fue el más prestigiado conocedor de las poblaciones prehistóricas del

Sudoeste de Europa, ocupando durante veinte años una posición destacada en la primera línea de la Paleantropología continental. Trabajador incansable en directo sobre las principales colecciones dedicó un especial cuidado a la craneometría y determinaciones raciales en los grupos de población del Neolítico al Bronce. En 1966 había fundado, en Burdeos, la *Société d'Anthropologie du Sud-Ouest* (filial de la de París), intentando promover más eficazmente el estudio de las poblaciones prehistóricas de la zona en su relación con las peninsulares más próximas. A Riquet se deben, entre otras, varias imprescindibles monografías sobre colecciones osteológicas vascas (los cráneos de Uriiaga en Riquet 1962; series dolménicas alavesas en Riquet-Rodríguez de Ondarra 1966) y magistrales visiones de conjunto sobre la conformación diferencial de los habitantes de Europa desde el Neolítico al Bronce avanzado (Riquet 1967, con el original de su tesis, 1968, 1970, 1976).

Paulette Marquer, del Laboratorio de Antropología del Museo del Hombre de París, prepara un trabajo de gran envergadura y profundamente crítico como tesis doctoral (Marquer 1963), revisando las características de las poblaciones prehistóricas y actuales del País. Para ello tuvo que evaluar de nuevo las colecciones tradicionalmente empleadas por otros investigadores (tales, en 1958, las de cráneos de Zarauz y de San Juan de Luz) y abordar el estudio de un grupo vivo de 639 sujetos (en mayoría —58,47 %— guipuzcoanos sobre vizcaínos —14,5 %—, alaveses —5,7 %—, navarros —2,12 %— y de padres de origen biprovincial —19,2 %—): cuya garantía de origen vasco se aseguraba en criterios de carácter lingüístico (posesión de cuatro apellidos vascos —dos de origen paterno y dos maternos—) y de procedencia geográfica (del sujeto, de su padre y de su madre y de cada uno de sus cuatro abuelos). Aparte se utilizaron las características craneales de las colecciones dolménicas alavesas, sobre todo, y algún otro resto prehistórico (Atxeta, p.e.).

A José María Basabe se debe una amplia producción escrita. Se han de citar, por una parte, las monografías correspondientes a las series óseas halladas en bastantes estaciones prehistóricas vascas: dólmenes de Pecña y Alto de la Huesera (Basabe 1962b, 1966c), cueva de Kobeaga (Basabe 1963), cuevas de Lezetxiki y de Axlor (Basabe 1966b, 1970, 1973a), depósitos en cuevas sepulcrales del Oeste de Álava (Basabe 1967), cuevas de Marizulo y de Fuente Hoz (Basabe 1971b, Basabe-Bennassar 1983), poblado de La Hoya (Basabe-Bennassar 1985b) y abrigo de La Peña (Basabe 1985c). Por otra parte, produce síntesis comparativas de las poblaciones prehistóricas y actuales vascas reflexionando sobre su morfología y genética (Basabe 1962a, 1964, 1966a, 1969, 1971a, 1982; Basabe-Rúa 1985a) y aportando precisiones a la metodología de estudio del cráneo vasco (Rúa-Basabe 1982, Rúa-Eguía-Basabe 1982).

M. D. Garralda (1983) presenta un cuidado estudio del cráneo de Urratxa III, en Vizcaya, habiendo ofrecido poco antes (Garralda 1982), al trabajar sobre el ejemplar de Cuartamentero (Asturias), abundantes referencias comparativas a algunos de la serie de Uriiaga y a otros lotes del Eneolítico vasco.

En el apartado de las síntesis más generales que presentan las variaciones raciales de las poblaciones vascas en el contexto de las contemporáneas peninsulares desde el Neolítico al final de la Prehistoria deben utilizarse algunas referidas a todos los grupos peninsulares en su conjunto (Da Cunha-Fusté 1962, Da Cunha 1974) y otras específicas para el Neolítico y Bronce Antiguo (Alcobé-Basabe-Riquet-Schwidetzky 1978, Garralda 1979). Recomendándose, también, la correcta presentación de conjunto de la tipología y estructura raciales de las poblaciones de Euskal Herria en «*L'Anthropologie*» acogiendo las ideas de la tesis de P. Marquer y contrastándolas con las de H. V. Vallois y otros (Billy 1964) y la equilibrada sinopsis incluida en la voz «Antropología» del *Diccionario Enciclopédico Vasco* de la *Enciclopedia General Ilustrada del País Vasco* (Barandiarán 1976).

Al margen de aquella perspectiva inmediatamente paleantropológica se da en estos últimos veinticinco años un considerable progreso en varios sistemas de información y de tratamiento de los datos en Antropología. Pensamos, desde luego, en la rica contribución al conocimiento de los grupos sanguíneos (así por A. S. Blumberg, A. C. Allison y F. Alberdi López Alén en 1960 o en diversos artículos de J. L. Goti entre 1966 y 1971), de polimorfismos tanto hematológicos como salivares (tal en investigaciones de A. y R. Iturrioz en 1980, o de J. E. Errea y R. Iturrioz en 1982), de las variaciones de estatura (Marquer 1962) o en la aplicación de funciones discriminantes a la craneología vasca (como en E. Eguía, J. Orú y C. de la Rúa en 1983, o en C. de la Rúa en 1985).

2.5. *El presente y el inmediato futuro*

Quienes ahora mismo han asumido la responsabilidad de continuar el estudio de las series exhumadas en las excavaciones arqueológicas de los últimos años aseguran una correcta continuidad del trabajo que desarrolló la anterior generación de antropólogos. Poseen una suficiente preparación teórica de base, ponen gran cuidado en los métodos de control e incorporan las técnicas más recientes de cuantificación evaluada de los datos. Es así como parece garantizada la ampliación de esta rama del saber que en la segunda década de este siglo establece con solidez T. de Aranzadi en equipo con J. M. Barandiarán y E. de Eguen y desarrollan en los últimos veinticinco años M. Fusté, R. Riquet y J. M. Basabe.

En esta década de los 80 se debe retener el conjunto de entregas firmadas por algunos de los más directos colaboradores del equipo de J. M. Basabe: tales I. Bennassar que firma con Basabe varias monografías sobre series vascas y de poblaciones prehistóricas vecinas (Basabe-Bennassar 1980, 1983, 1985b) y estudia colecciones del Calcolítico riojano (Bennassar 1982) y C. de la Rúa con su espléndida tesis sobre morfología y factores craneofaciales en vascos actuales (Rúa 1985) y con colaboración en la sinopsis más reciente y completa sobre Paleantropología del país (Basabe-Rúa 1985a). F. Etxeberria ha abordado la identificación antropológica de varias series de inhumados en cuevas sepulcrales del Bronce guipuzcoano (Armendáriz-Etxeberria 1983) dedicándose en especial a determinaciones paleopatológicas (así trepanaciones en cráneos prehistóricas).

3. CATÁLOGO DE RESTOS HUMANOS EN LA PREHISTORIA Y PROTOHISTORIA DEL PAÍS VASCO

Los arqueólogos han identificado y excavado bastantes lugares ocupados en la Prehistoria del país, recogiendo en ellos un variado repertorio de evidencias industriales o abandonadas tras diversos usos del espacio: utensilios, armas, desechos de comida o restos de estructuras artificiales con que se acomodaron los lugares para funciones concretas. Estudiando aquellos vestigios se han conocido los sistemas de ocupación y uso o las variaciones formales de la cultura material al través del tiempo y a lo ancho de los territorios: y se han sugerido interpretaciones sobre los vectores del cambio cultural, su origen y su ritmo. Pero son muy pocos aquellos yacimientos arqueológicos donde se hayan conservado los propios restos óseos de quienes los ocuparon en la Prehistoria; y cuando se encuentran resultan por lo común pocos, fragmentarios y mal conservados. La opinión formulada hace más de medio siglo por T. de Aranzadi ante la colección antropológica recogida en los niveles neolíticos de Santimamiñe mantiene hoy su plena vigencia al poderse aplicar a cualesquiera de los repertorios óseos de que ahora disponen los antropólogos: «los huesos hallados, además de encontrarse muy dispersos son muy insuficientes para reconstituir ni siquiera

una parte apreciable del esqueleto de una persona, y se complica la cuestión por la notoria evidencia de tratarse de más de una, de diferentes edades y sexos. No es posible establecer conexiones seguras, ni que a ello se acerquen, entre unos y otros huesos... ¿Qué inducción puede resultar de la existencia de huesos humanos dispersos e incompletos?» (Aranzadi-Barandiarán-Eguren 1931, p. 49). Hace no mucho tiempo, al computar yacimientos sepulcrales del Neolítico al final de la Edad del Bronce en las provincias de Álava y Navarra, constataba M. A. Beguiristain que apenas en una décima parte de ellos los restos óseos recuperados eran susceptibles de un mediano análisis antropológico.

Las series interesantes a la Paleantropología vasca han sido publicadas —de formas diversas— a lo largo de setenta años. Aparte quedan algunas colecciones aún inéditas (como, por ejemplo, las del dolmen de Chabola de la Hechicera de Álava o las de la cueva de Abautz en Navarra) y bastantes recogidas en estos últimos cinco años, en curso de excavación varias, que nos parecen muy importantes: como el depósito colectivo bajo roca de San Juan ante Portam Latinam (en Laguardia, Álava; excav. por J. I. Vegas en 1984/85), el nivel de inhumaciones del abrigo de La Peña (en Marañón, Navarra; excav. por M.^a A. Beguiristain y A. Cava en 1983), restos en el abrigo del Padre Areso (en Bigüezal, Navarra; excav. por M.^a A. Beguiristain en 1985) y en la cueva de Zatoya (en Abaurrea Alta, Navarra; excav. por I. Barandiarán en 1976/81), inhumaciones en la cueva de Peña Larga (en Cripán, Álava; excav. por J. Fernández Eraso, a partir de 1985) y en el dolmen de Los Llanos (en Cripán, Álava; iniciadas las excavaciones en 1985 por J. I. Vegas)...

Lamentable es, por su pérdida irreparable, el caso de aquellas noticias de hallazgos de antaño: tal, por ejemplo, la referencia —transmitida en 1894 por G. Puig y Larraz— a haberse encontrado en una cueva próxima a la de San Elías (en Araoz-Oñate, Guipúzcoa) a finales del siglo XVIII restos de trece o catorce cadáveres ordenadas en filas y cubiertos por capas de tierra, colección definitivamente extraviada.

No existe un catálogo exhaustivo de todos los restos disponibles, y de especial entidad, en la Paleantropología vasca. En una publicación reciente, de tipo general y carácter didáctico (Basabe-Rúa 1985), se ofrece una selección de las evidencias antropológicas de mayor significación en la Prehistoria vasca. En catálogos arqueológicos particulares (o por etapas o por territorios del país) se han presentado de modo sistemático esos repertorios osteológicos, especialmente procedentes de depósitos funerarios en cuevas. Así citaríamos: el conocido *corpus* de J. M.^a Apellániz sobre las culturas prehistóricas con cerámica en el País Vasco meridional donde se recogen (Apellániz 1973, pp. 10-143) medio centenar de cuevas sepulcrales del Neolítico a la Edad del Hierro (27 de Vizcaya, 10 de Guipúzcoa, 11 de Álava y 3 de Navarra), la monografía de I. Barandiarán y E. Vallespí sobre la Prehistoria de Navarra citando los restos humanos recogidos en el solar provincial y los otros más significativos del resto del Pirineo Occidental (Barandiarán-Vallespí 1984, pp. 55-64) o el estudio por A. Armendáriz y F. Etxeberria de las cuevas de la Edad del Bronce en Guipúzcoa (Armendáriz-Etxeberria 1983, pp. 253-330) con 58 casos consignados.

La intensidad de la prospección espeleológico-arqueológica en las cavidades de uso funerario no es uniforme en las varias provincias: se ha desarrollado de modo especial en algunas zonas de Vizcaya por E. Nolte y en otras de Guipúzcoa por A. Armendáriz y F. Etxeberria con sendos equipos espeleológicos provinciales, de modo medio en Álava y en Navarra, y apenas en Iparralde. Tampoco se ha evaluado suficientemente la mayoría de los hallazgos óseos interesantes: muchos proceden de recogidas superficiales (sin excavación o a partir de remociones del suelo no bien garantizadas), bastantes son piezas menores o están fracturadas. Como es lógico, además, siempre es difícil actualizar los catálogos de datos utilizables, por la constante realización de excavaciones y de hallazgos.

En el repertorio que ahora intentamos se han seleccionado las referencias de mayor entidad (numérica o significativa), incluyéndose el total de las que hayan sido objeto de algún tipo de estudio concreto. Ciñéndonos al ámbito geográfico de Euskal Herria no está de más recordar la atención que debe prestarse —para entender correctamente los procesos genéticos y la tipología de poblaciones propias— a los grupos humanos que en la Prehistoria ocuparon el territorio mayor de Aquitania-Pirineos-Cantabria, cuenca del Ebro y Submeseta norte: tales los lotes de Atapuerca y Ojo Guareña en Burgos y de Atalaya y Rincón de Soto en Rioja, entre los más próximos.

3.1. Evidencias del Paleolítico Antiguo y Medio

El Paleolítico Antiguo (o «Inferior») ha proporcionado en el País Vasco, fuera de estratigrafía por lo común, piedras talladas que por su tipología deben incluirse en su última etapa, el Acheulense avanzado (desde hace unos 150.000 hasta los 75.000 años antes de ahora). Pasan de la decena los sitios donde se localizaron aquellas evidencias técnicas, pero ni un solo hueso humano de esas épocas ha sido todavía encontrado.

El Paleolítico Medio, con el desarrollo de la cultura Musteriense, es conocido en Euskal Herria en unas quince estaciones —algunas de ellas bien estratificadas—, habiendo proporcionado un amplio repertorio de industrias de la piedra tallada y de restos de la fauna consumida por aquellas gentes. Duró entre veinticinco y treinta mil años (aproximadamente entre los 75.000 ó 60.000 y los 35.000 años del presente) habiéndose recuperado un mínimo lote de restos óseos de aquella población (del tipo *Homo sapiens neanderthalensis*) sólo en dos sitios (Lezetxiki y Axlor), conservándose noticias hoy incomprobables de otras dos presuntas localizaciones más.

— *Cueva de Lezetxiki* (Garagarza-Mondragón; Guipúzcoa): en la superficie del nivel VIII (formación de terraza de depósito anterior al primer nivel del Musteriense en esa parte del yacimiento) recogió J. M. de Barandiarán, en la campaña de 1964, un húmero de adulto (de 30 a 35 años de edad), probablemente femenino. Dos piezas dentarias de dos adultos distintos fueron encontradas en el curso de las excavaciones por J. M. de Barandiarán en otras zonas del Musteriense de Lezetxiki. J. M.^a Basabe ha realizado el estudio antropológico tanto de aquel húmero (Basabe 1966b) como de estas dos piezas dentarias (Basabe 1970).

— *Abrijo de Axlor* (Dima; Vizcaya): en la campaña de 1967, por J. M. de Barandiarán, se encontraron cinco piezas dentarias pertenecientes a un individuo joven, en el nivel III del depósito musterriense de Axlor. El estudio antropológico de estos dientes (Basabe 1973a) concluye con su referencia, al igual que los restos de Lezetxiki, al tipo humano de Neanderthal.

— *Abrijo de Olha 1* (Cambo; Laburdi): en los últimos años del siglo pasado, con motivo de la explotación como cantera de las calizas locales, se produjo el descubrimiento fortuito de restos animales (caballos) y humanos: integrados, sin duda, en el yacimiento arqueológico (musterriense) que años después excavaría E. Passermard y, probablemente, también en relación con el que en el inmediato abrigo de Olha 2 estudiaría G. Laplace hace bien pocos años. La serie antropológica debía estar conservada en tan buen estado (Passermard 1936, p. 8) que permitió su identificación como referible al género humano, requiriendo ser enterrada en el cementerio de Cambo: puesto que fue opinión común «que debió haber hace tiempo allí una gran batalla, acaso en la época de los ingleses, en que murie-

ron numerosos hombres y caballos». ¿Serían, acaso, restos del hombre que en el Musteiriense había ocupado el abrigo de Olha?

- *Cueva de Isturitz* (Isturitz-San Martín de Erberua; Baja Navarra). Un prestigiosísimo tratado de Paleantropología francés de este siglo (Boule 1923, p. 184) retiene, de H. Breuil, la referencia al hallazgo de una mandíbula del hombre de Neanderthal en Isturitz en un nivel asociado a restos de oso de las cavernas y de rinocerontes. La noticia no es apreciada en la monografía de R. y S. de Saint-Périer (en 1952) sobre el Musteriense de Isturitz aunque había sido tomada de M. Boule por J. M. de Barandiarán en su primera síntesis de Prehistoria vasca (Barandiarán 1934, p. 19). El origen del dato —que hoy resulta de imposible comprobación, por extravío de la pieza— se halla en H. Breuil (1910, p. 18) quien anota que debió encontrarse hacia 1895 —por quienes explotaban el yacimiento de Isturitz como suministro de tierras para el abono— tratándose de una mandíbula que sólo tenía 3 incisivos y advirtiendo poseer una fotografía (luego perdida) del espécimen. Según referencias complementarias, en esa fotografía se apreciaban «una serie de características primitivas muy llamativas» (Pales 1958, p. 33).

3.2. Evidencias del Paleolítico Superior

En el País Vasco pasan de sesenta las localizaciones de yacimientos que datan del Paleolítico Superior y del Epipaleolítico inmediato (Aziliense). Bastantes han sido excavados minuciosamente proporcionando ajuares numerosos (elaborados en sílex, asta o hueso...) y abundantes muestras de la fauna contemporánea. Por el contrario resulta muy pobre el lote de huesos humanos recuperados de aquella época: la amplia serie dispersa por varios niveles del depósito de Isturitz y el discutido lote de piezas del Magdaleniense Final y del Aziliense de Urriaga (cuyas dificultades presentaremos aparte).

- *Cueva de Isturitz* (Isturitz-San Martín de Erberua; Baja Navarra). De este importantísimo yacimiento, excavado en dos etapas sucesivas por E. Passemard y por R. y S. de Saint-Périer, proceden bastantes restos humanos no estudiados al detalle. Sus referencias escritas básicas —a menudo con el más elemental enunciado de su presencia eludiendo cualquier tipo de análisis— se hallan en las memorias publicadas con el resultado de los trabajos de excavación del sitio: tanto en su primera etapa (Passemard 1924, p. 202) como en la segunda (R. de Saint-Périer 1930, pp. 12-13; 1936, pp. 12; R. y S. de Saint-Périer 1952, pp. 74-79, 167-168, 184), debiéndose en este caso la identificación de las piezas humanas obtenidas a H. V. Vallois. Una útil síntesis comprensiva de las varias noticias de Paleantropología de Isturitz ha sido publicada en el catálogo general editado por la sección de Historia Natural del Museo Británico; siguiendo los criterios de agrupación de las evidencias de Isturitz en este catálogo (Oakley, Campbell, Molleson 1971, pp. 122-125) se organizan los restos humanos paleolíticos de la cueva en nueve lotes:

Isturitz 1, 2 y 3: comprende sendas mandíbulas recogidas por quienes extraían tierras para abono, hacia 1895, de procedencia estratigráfica incierta, desconociéndose su actual paradero. Las mandíbulas 1 y 2 son aludidas en carta de Mortillet (que reproduce R. de Saint-Périer) al referir que en 1896 los explotadores de fosfatos de Isturitz vendieron un lote de materiales «por un precio moderado» al presidente de la Sociedad de Antropología de París, Dr. Bertillon. Entre lo vendido reseña Mortillet «dos mandíbulas humanas, una de Cro-Magnon y otra de Solutré».

En cuanto a la pieza de Isturitz 3 del catálogo de Oakley *et alii* parece tratarse de la atribuida al hombre de Neanderthal por H. Breuil (1910, p. 18), M. Boule (1923, p. 184), J. M. de Barandiarán (1934, p. 19) y L. Pales (1958, p. 33): hoy perdida.

Isturitz 4: hemimandíbula inferior de niño de unos 5 años hallada por E. Passemard hacia 1920 en el nivel FII, dentro de un fino depósito de arcilla, del Solutrense (Inferior o Medio). La pieza, al parecer perdida ahora, es referida por su excavador (Passemard 1924, p. 202, lámina I; Passemard 1944, p. 39).

Isturitz 5: restos de un adulto (hemimandíbula, trozos de falange) del nivel V, «Auriñaciense Medio» (es decir, Auriñaciense Típico medio), hallados por los Saint-Périer entre 1929 y 1939.

Isturitz 6A: restos de uno o dos adultos varones (clavícula, dos radios); *Isturitz 6B*: un mínimo de cuatro adultos (cinco fragmentos de calota craneal, un maxilar, una mandíbula, una fíbula). Ambos lotes encontrados por los Saint-Périer, entre 1929 y 1939, en niveles del Perigordense Superior (Gravetiense).

Isturitz 7A: un mínimo de dos adultos y un joven (dieciocho fragmentos craneales, un maxilar, un metacarpo, una clavícula juvenil, un radio de varón); *Isturitz 7B*: cuatro o cinco individuos (mandíbula de adulto de 20 a 30 años; mandíbula de niño de 7 a 8 años; mandíbula de niño de 2 y medio a 3 años; mandíbula de niño de 2 a 2 años y medio; ulna de adulto). Los dos lotes, 7A y 7B, proceden del nivel III atribuido por los Saint-Périer al «Auriñaciense Final», probablemente al Perigordense Final («Gravetiense tardío»), de las campañas de excavación entre 1929 y 1939.

Isturitz 8: seis fragmentos de calvaria y varios dientes de adultos, del nivel I (Magdaleniense VI, al parecer) de las excavaciones de los Saint-Périer 1929/39.

Isturitz 9: un niño (mandíbula) y al menos un adulto (diez fragmentos de calvaria y varios dientes) del nivel II de Isturitz (Magdaleniense IV), en las excavaciones de R. y S. de Saint-Périer entre 1929 y 1939.

En algunas de esas piezas apreció H. V. Vallois caracteres evidentes de manipulación. La mandíbula completa de adulto del Perigordense Final (lote 7B) presenta trazos de ablación de su rama ascendente y abundantes estrías horizontales u oblicuas sobre su parte anterior; observándose similares marcas (de descarnado para quitar carne o cortar tendones, para asegurar su mejor conservación, al comerlas...?) en las mandíbulas de los dos niños mayores de los mismos lote y nivel. Del Magdaleniense Medio (lote 9) es el fragmento mayor de calota craneana que Vallois sugiere referir a los llamados «cráneos-copa», con evidentes raspaduras con sílex en ambas caras y con su borde desgastado por pulimento (según se alude en la memoria de 1952 por R. y S. de Saint-Périer).

3.3. La serie de restos humanos de la cueva de Urriaga

El descubrimiento, en excavación, por T. de Aranzadi y J. M. de Barandiarán de la riquísima serie antropológica de la cueva de Urriaga (en Itziar/Deva; Guipúzcoa), entre los años 1929 y 1936, aportó una colección de restos depositados en una aparente secuencia estratigráfica que cubriría un amplio espacio de tiempo, empalmando las últimas épocas del Paleolítico Superior («Magdaleniense final») con el Eneolítico a través del Epipaleolítico (Aziliense). La presencia de dichos restos al parecer escalonados en el tiempo, a lo largo de unos ocho mil años, y la apreciación en los más antiguos de características que en parte eran propias del tipo de Cro-Magnon junto a otras que correspondían al vasco propició la opinión de que en el seno de las poblaciones

prehistóricas de la zona se habría producido una evolución a partir de los tipos del Paleolítico Superior occidental hacia el prototipo pirenaico occidental o vasco.

3.3.1. Lista de evidencias humanas en la Prehistoria de Urtiaga.

La colección paleantropológica de Urtiaga es, ciertamente, numerosa; están las piezas bastante bien conservadas aunque aparecieron revueltas y sin conexión anatómica. «Restos humanos en mejor o peor estado y más o menos dispersos se han hallado en diferentes niveles de la cueva de Urtiaga, desde el casi superficial hasta los dos metros, que podemos considerar del Magdalenense —escribían T. de Aranzadi y J. M. de Barandiarán (1948: 320)—; de ellos principalmente los cráneos más antiguos los mejor conservados. Cerca y lejos de éstos y de otros fragmentos se hallaron dientes, falanges, vértebras, calcáneos, astrágalos, rótulas, axis, atlas, trozos de bóveda y de mandíbula, de esternón, tibia, peroné, fémur incompletos, procedentes de las excavaciones de 1929, 1931, 1932, 1933, 1934, además de los de 1935 y de que tenemos fotografías; las condiciones en que finalizaron las tareas de 1936 (producido el levantamiento militar de julio) no permitieron conservar fotografías correspondientes al verano de este año, pero sí algún croquis de frente y de perfil».

Del cotejo cuidadoso (ya avanzado en G. Laplace 1982, pp. 30-31) de las referencias descriptivas de los excavadores del yacimiento (Aranzadi-Barandiarán 1948, pp. 320-323...) se puede establecer la siguiente lista de evidencias humanas en el depósito prehistórico de la cueva de Urtiaga:

- a) *Atribuidas al nivel D (Magdalenense avanzado)*
- cráneo de un hombre de 30 a 40 años hallado en la zona 9 del nivel («tramo») D, cerca de la pared oriental de la cueva, en profundidad de 1,90 a 1,95 m., en 1936. Es el ejemplar 1936 I (B1 para Riquet).
 - un axis humano cerca de ese cráneo.
 - catorce pedazos que reconstruyen una bóveda craneal incompleta, en la «zona 3.ª del tramo D», en 1929.
- b) *Atribuidas al nivel C (Aziliense)*
- dos cráneos en la zona del pasillo, contra la pared oriental, en la campaña de 1935: uno (el denominado A1) es masculino de un individuo de más de 60 años, conservando su mandíbula (fue hallado en la sección o zona 9, a profundidad de 1,40 m.); otro (el A2) es femenino de unos 20 a 25 años y se halla cerca del anterior (en la sección 10 a profundidad de 1,60 m.). Los estudiaron L. de Hoyos y R. Riquet como piezas A1 y A2.
 - junto a esos dos cráneos estaban dispersos diversos huesos humanos más: «calcáneo, peroné, rótula, cabeza de fémur, hueso ilíaco, falanges, metacarpos, atlas, vértebras, esternón, peñasco, fragmentos de bóveda craneal y de basiooccipital, mandíbulas y dientes» (Laplace 1982, p. 30). En el detalle referido por Aranzadi y Barandiarán en 1948 la lista de restos del nivel C se precisa más:
 - un cráneo femenino y dos mandíbulas ajenas, hallados en 1934, en la zona 7 del tramo C «en compañía de una contera de arpón aziliense».
 - un cráneo, el ejemplar 1936K, hallado el 14 de julio de 1936 en la zona 10 del tramo C junto a la pared, en profundidad de 0,45 a 0,60 m., en sitio donde abundaban huesos humanos de extremidades y se recogió, también, una mandíbula y premolares, además de una «punta aziliense». Este cráneo 1936K «tiene la región del metopio corroída por gotas de agua» (Aranzadi-Barandiarán 1948, p. 320) y debe ser el mismo que, llamado «cráneo n.º 3», examinó R. Riquet en 1957 en los fondos del Museo Municipal de San Telmo —en San Sebastián— sin que «nadie pudiera explicarle su origen» (Riquet 1962, p. 84).

— una calvaria, de la zona 6 del tramo C, a 0,90 m. de profundidad, hallada en 1933 (es la pieza 1933A).

c) *Atribuidas a los niveles B y A («Neo-Eneolítico» y posterior)*

Se hallaron, según G. Laplace (1982, p. 30), en el nivel B «restos de cráneos en la sección 4 a 0,60 m. de profundidad, dos cráneos en la sección 5 a la misma profundidad, otro más en la sección 6 a la misma profundidad, otros dos en la sección 7 a entre 0,85 y 0,90 y, además, otro cráneo en la sección 8 a 0,70 de profundidad». Múltiples restos diversos acompañaban este lote, «en el más completo desorden», hasta alcanzar un mínimo de dieciséis individuos la población presente en ese «osario».

De acuerdo con lo expresado por Aranzadi y Barandiarán en 1948 eran dos los cráneos presentes en la sección 4 a 0,60 m. (hallados en 1931: uno es infantil y está completo; el otro, incompleto, es de adulto) completándose la lista de evidencias craneales con la bóveda incompleta descubierta en 1931 en la zona 5 (del nivel A), con la parte posterior de la bóveda hallada en 1933 en profundidad de 0,60 a 0,90 y con la calvaria incompleta y el frontal dejados al descubierto por una excavación fraudulenta (lote 1933B). El texto referido a las campañas de excavación de Urtiaga de 1928 a 1935 concluye así: «...Ya hemos dicho antes cómo aparecieron en el tramo B (Barandiarán 1947b, p. 685), correspondiente a las épocas Eneolítica y Neolítica, restos humanos esparcidos en casi toda la extensión del yacimiento excavado. Dado el desorden de los mismos, no podemos asegurar que hubiesen sido inhumados con especiales cuidados y precauciones, o que hubiesen sido rodeados de medios de protección que impidiesen su fácil profanación. Quizás no hubo propiamente inhumación. A juzgar por los cráneos y otros huesos hallados durante las ocho campañas de exploración, el número de individuos allí enterrados pasaba de diez y seis».

3.3.2. Identificación paleantropológica de los restos

La comparación entre los dos cráneos masculinos hallados en 1935 (masculino «Aziliense») y en 1936 (masculino «Magdalenense») ofrece algunas características dignas de tenerse en consideración, según la precisa opinión de J. M. de Barandiarán en 1947. El cráneo de 1936, «al parecer más antiguo, presenta ciertos caracteres que coinciden con los de la raza vasca y otros que no concuerdan con ella: su tendencia al prognatismo y su gnatoprosopia le separan del tipo vasco y los índices orbitario y facial-maxilar euriano le aproximan al guanche, por lo cual puede pensarse en un representante de la raza de Cro-Magnon; en cambio se identifica con el tipo medio vasco en el índice frontal y casi coincide con él en el vértico-transversal de la bóveda, y en el máxilo-zigomático, astero-parietal, máxilo-frontal y en el ángulo basilar». Mientras que el cráneo de 1935 («aziliense») ofrece algunos de los «caracteres de los más acentuados del tipo vasco, pudiendo ser considerado en esto como buen iniciador de la raza pirenaica occidental: a saber, la rinoprosopia, el ortognatismo y la estrechez maxilar». De donde se colige, en lógica (Barandiarán 1947a, pp. 209-210), que tales «coincidencias y diferencias en individuos de dos épocas contiguas —los más antiguos con aproximaciones al tipo de Cro-Magnon, los más recientes con caracteres muy acentuados del tipo vasco—, no nos autorizan a pensar en mestizajes debidos a elementos extraños cuya existencia ignoramos: es más verosímil una evolución netamente indígena y local de la raza de Cro-Magnon hacia el tipo vasco».

S. Alcobé (1954, p. 13) expuso, en el mismo sentido, el interés específico del cráneo atribuido al Magdalenense «de caracteres cromañoides junto a otros asimilables al tipo pirenaico occidental», «perteneciendo por completo o casi al pirenaico occidental los dos cráneos asignados al Aziliense: de ello «cabría retrotraer cuando menos al Mesolítico la diferenciación de los pirenaico-occidentales a partir de los cromañidos; y a tal opinión se inclinaba cada vez más Aranzadi en

los últimos años de su vida, comprendiendo empero que no puede resolverse este asunto sin más amplios antecedentes objetivos».

En cuanto a la serie más moderna de Urriaga servirá de base para asegurar la derivación inmediata del tipo vasco actual desde los albores de las Edades de los Metales: «desde el Neoeolítico la población no parece haber experimentado cambios fundamentales en su estructura racial» según M. Fusté (1966, p. 345).

No han sido estudiadas todas las piezas óseas recogidas en Urriaga sino sólo los cráneos mejor conservados. T. de Aranzadi y J. M. de Barandiarán dedicaron en 1948 su máxima atención a cuatro cráneos: 1936 I (atribuido al Magdaleniense) y los 1935 masculino, 1935 femenino y 1936 K referidos al Aziliense. El antropólogo L. de Hoyos, «por expreso mandato del descubridor nuestro fraterno compañero Aranzadi» (Hoyos 1950, p. 28), trabajó en 1941 sobre la colección de Urriaga depositada en el Museo de San Telmo, en San Sebastián, examinando seis piezas craneales: una masculina atribuida al Magdaleniense (la que él denomina 1936.BI), dos del Aziliense (masculino, 1935.A1; femenino, 1935.A2) y «ascendiendo en la estratigrafía y modernizándose en la cronología» tres más (1934.D1, dudoso, probablemente femenino; 1931.C2, dudoso; 1931.C1, de niño). Dedicando, además de aquellas visiones de conjunto (Hoyos 1950, 1953), una apreciación monográfica a la pieza considerada más antigua (Hoyos 1949a, 1949b).

El estudio de R. Riquet sobre la serie de Urriaga (Riquet 1962) se refiere a siete cráneos: el 1936 I (o 1936.BI), los dos atribuidos al Aziliense (masculino y femenino: A1 y A2), y cuatro (C1 y C2 con seguridad procedentes del nivel B; D1, sin contexto inmediato pero situado bajo esos C1 y C2; y el «cráneo n.º 3.º» —que sería aziliense de aceptarse la referencia de Aranzadi y Barandiarán, aunque R. Riquet asegure desconocer su procedencia—) como del «Neo-eneolítico». La misma colección es la que emplea P. Marquer (1963): la pieza «magdaleniense» de 1936, los dos cráneos «azilienses» de 1935 y los cuatro mejor conservados del nivel B (¿añade acaso alguno del nivel A?).

Una interesante aportación comparativa es ofrecida por J. M.^a Basabe en 1982 aproximando las características reconocidas en el tipo vasco a las que se aprecian en aquellos especímenes prehistóricos de Urriaga.

3.3.3. Dificultades en la identificación antropológica y estratigráfica

Los mismos descubridores del rico repertorio antropológico de Urriaga fueron conscientes de las dificultades inherentes a la propia colección (por la relativa remoción de sus evidencias en el seno de los estratos del yacimiento) y a las apreciaciones tipológicas que su estudio craneométrico suscita. «Tanto el estudio del yacimiento de Urriaga (reconocía J. M. de Barandiarán en 1947a, p. 210) como el de los restos humanos que han sido hallados en él debe ser completado mediante nuevas investigaciones y medidas, las cuales podrán confirmar o, tal vez, rectificar nuestras conjeturas actuales». Existen, pues, dos cuestiones en el problema suscitado por la serie antropológica de Urriaga: una atañe al diagnóstico racial de los cráneos recogidos; la otra a la posición estratificada en secuencia de aquel lote desde el Magdaleniense Final (nivel D) al Eneolítico y más recientes etapas (niveles B y A) pasando por el Aziliense (nivel C).

En cuanto al diagnóstico racial debe anotarse que, a partir de muy precisas mediciones objetivas, se da una coincidencia general en la determinación de las características craneales de aquella población prehistórica y en su definición tipológica.

El cráneo I de 1936 es reconocido como de morfología cromañóide, desde las primeras determinaciones muy detalladas de sus descubridores (Barandiarán 1947a, pp. 209-210; Aranzadi-Barandiarán 1948, p. 309) a las mediciones de L. de Hoyos (1949a, 1949b, 1950, pp. 29-30), las

del estudio de P. Marquer (1963: calificando su aspecto cromañóide de «atenuado») o a la opinión de M. D. Garralda (1982, p. 21) para quien «presenta un aspecto más cromañóide que el de la mayoría de los mesolíticos franceses» o la de S. Alcobé (*sub voce* Urriaga en Vallois-Movius 1953). La morfología en parte cromañóide de ese cráneo se corresponde —de acuerdo con el análisis reciente de Garralda (1982, pp. 18-19)— con lo apreciable en las escasas series que se conservan del Magdaleniense avanzado en Europa Occidental tanto como en las mesolíticas de Francia: «los datos morfológicos y métricos de que se dispone (en las citadas series magdalenienses) presentan una amplitud de variación dentro de la cual podría incluirse perfectamente el ejemplar vasco, sin olvidar la fuerte influencia que el azar puede tener en una muestra tan reducida como la que actualmente conocemos para este período y el metopismo del B1 (el ejemplar 'magdaleniense' de Urriaga)».

El cráneo masculino «aziliense» de 1935 (A1) presenta aquellas características cromañóides atenuadas por cierta proximidad facial a los protomediterráneos (en opinión de P. Marquer) o resulta prototípico de los pirenaicooccidentales (según J. M. de Barandiarán —1947b, p. 686— «podría ser quizá considerado como buen iniciador del tipo pirenaico o vasco»). L. de Hoyos (1950, pp. 31-32) le reconoce características propias de los cráneos vascos modernos, junto a «su raigambre con el tipo craneal de Cro-Magnon».

Los otros ejemplares examinados procedentes de los estratos del «Neo-eneolítico» de Urriaga son habitualmente reconocidos como buenos representantes de poblaciones vascas (con las conocidas matizaciones, al respecto, de P. Marquer).

J. M.^a Basabe (1966a, pp. 352-353) evaluó la proximidad o lejanía del tipo vasco medio de referencia actual con respecto a tres de aquellos cráneos de Urriaga que significaban las tres etapas presentes en el depósito estratigráfico del yacimiento. El cráneo BI —Magdaleniense según J. M. de Barandiarán— según Basabe «se acerca al tipo pirenaico occidental por su cabeza baja, dominio de anchura parietal sobre frontal y occipital, divergencia de la frente, leptorrinia y eminencia de la nariz así como por la introversión del Basio (ángulo beta = 3,5)» y «se aparta de ese tipo por su dolicocefalia, poca basculación occipital (ángulo alfa = 79). La cara es cromañóide; no obstante, la tendencia a la disminución del índice máxilo-zigomático le aleja de aquel Tipo». El cráneo A1 de Urriaga —atribuido al Aziliense— «se acerca al pirenaico occidental por su camecrania, leptorrinia, mesoconquia y por el alargamiento de la cara... alejándose de él por la escasa introversión del Basio (ángulo beta = 9,5) y del occipital (ángulo alfa = 75)». El cráneo U3 (del Neo-Eneolítico) «se acerca al tipo pirenaico occidental en la tendencia a la mesocrania, divergencia de la frente, hinchazón de las sienas, tendencia a la leptenia, mesoconquia y basculación del occipital (ángulo alfa = 85), apartándose en la mayor altura de la cabeza y en la moderada introversión del Basio (ángulo beta = 7)».

La cuidada comparación de M. D. Garralda de los cráneos «magdaleniense» de 1936 y «aziliense» masculino de 1935 de Urriaga con la serie mesolítica del yacimiento portugués de Muge concluye que los dos vascos no difieren apenas de esta serie de Muge, «eminentemente protomediterránea y con fuerte influencia cromañóide» (Garralda 1982, p. 26); del mismo modo, y de acuerdo con las conclusiones de D. Ferembach, se «mostró la escasa divergencia de los dos cráneos de Urriaga frente a los mesolíticos bretones (de Tévéc-Höedic) si bien B1 parecería algo más cromañóide que éstos».

En cuanto a la posición estratificada —intacta o alterada— del depósito de los cráneos de Urriaga se aprecia alguna reserva en los propios excavadores a asegurar con total certeza la ubicación del masculino de 1936 dentro del Magdaleniense. En la memoria de la excavación se refieren a él (Aranzadi-Barandiarán 1948, p. 307), «al que consideramos el más antiguo», como «probable-

mente magdaleniense...; «que descubrimos en el nivel magdaleniense de Urtiaga, pero que puede no ser contemporáneo de este tramo sino algo posterior» (Barandiarán 1953, p. 79). Retención que se repite en las alusiones de J. M. de Barandiarán en diversas ocasiones: «parece ser el más antiguo a juzgar por su situación en el yacimiento, pertenece quizá al Magdaleniense final» (Barandiarán 1947a, pp. 208-209)..., «que parece ser más antiguo, a juzgar por su situación en el yacimiento, pertenece quizá al Magdaleniense final» (Barandiarán 1976, p. 120). Riquet (1962, p. 84) expone la opinión que el propio don José Miguel le expresó al respecto con dudas sobre la posición tanto de los dos cráneos azilienses como de éste atribuido al Magdaleniense: «1935, cráneos A1 y A2, atribuidos al Aziliense. Aunque J. M. de Barandiarán, en una entrevista personal (en 1957), nos ha hecho saber que esas piezas pudieran efectivamente relacionarse con el Aziliense pero sin que pudiera afirmarlo; 1936, cráneo B1, considerado como magdaleniense por L. de Hoyos Sainz, pero que pudiera ser contemporáneo de los precedentes siguiendo las prudentes reservas de J. M. de Barandiarán».

Algunos antropólogos que han examinado la serie de Urtiaga muestran recelos a aceptar que el depósito en esa zona de paso entre el «vestíbulo» y el interior de la cueva se halle exactamente intacto, sobre todo en el caso de los cráneos y otros restos hallados junto a la pared del recinto, que pudieron haber sido objeto de remoción antigua, deslizándose de más arriba hacia niveles (y contextos arqueológicos) más antiguos. Sobre las piezas azilienses de Urtiaga se puede recordar la retención del catálogo de restos del Mesolítico en Europa Occidental (Newell-Constandse-Westermann-Meiklejohn 1979, p. 192) al denunciar que «su edad y afinidades no pueden ser demostrados» o el propio R. Riquet (1962, p. 100) para el que los cráneos A1 y A2 «pueden ser azilienses o neolíticos antiguos». M. D. Garralda, por su parte (1982, p. 19), no encuentra mayores dificultades en aceptar la posición aziliense de ambas muestras, acogiendo la opinión de Altuna que no aprecia anomalías aparentes en el depósito de los sectores 9 y 10 de la cueva: «los cráneos del Aziliense (escribe J. Altuna a M. D. Garralda en 12.12.1979) son de los sectores 9 y 10 en los que no había absolutamente nada extraño; pienso que pertenecen al nivel citado y que no hay ninguna base para dudar de la buena conservación del mismo en esos sectores».

Cuando estudiaron G. Laplace y J. M. Merino, en 1963 y 1964, las colecciones arqueológicas de Urtiaga apreciaron que algunos utensilios de piedra tallada situados en el sector 11 presentaban manchas verdosas de óxido de cobre «procedentes, probablemente, de su contacto en medio húmedo con restos de objetos de cobre o de bronce». Hecho apreciado tanto en materiales depositados en la capa «neo-eneolítica» (nivel B) como en los niveles C y D (Aziliense y Magdaleniense) subyacentes. Convergiendo las trazas de óxido de cobre con la constatada dispersión de los huesos humanos en el relleno arqueológico de Urtiaga piensa Laplace (1982, p. 31) en una nueva propuesta de interpretación estratigráfica, «a partir de la tipología de los objetos líticos y cerámicos pensamos que el nivel C del Aziliense pudo haber sido más espeso y haber estado superpuesto por un estrato del Sauveterriense, luego por otro del Neolítico y, finalmente, por un osario del Neo-Calcolítico. Parece que haya sido durante la Edad del Hierro cuando los niveles superiores de Urtiaga (ahí incluido el osario neo-calcolítico) han debido ser removidos hasta alcanzar más o menos profundamente el nivel C del Aziliense en los sectores 1 a 8 y el nivel D del Magdaleniense en los sectores 9, 10 y 11. En tal perspectiva todos los restos humanos de Urtiaga pertenecerían a la misma población, la de un osario del Neo-Calcolítico».

3.4. Depósitos en cuevas del Neolítico al Bronce Pleno

Se hace bastante común la costumbre de depositar cadáveres en el interior de las cuevas (normalmente sobre la misma superficie del suelo, sin «in-humarlos» de hecho) en el Neolítico avan-

zado y, sobre todo, en el Eneolítico (Calcolítico) y en el desarrollo de la Edad del Bronce. Aquellos depósitos funerarios originales se han visto notablemente disminuidos por la actuación de quienes después frecuentaron las cuevas removiendo los restos o saqueando los ajuares que acompañaban a los cadáveres. Es así como el amplio repertorio de cuevas vascas de uso funerario en aquellas épocas de la Prehistoria reciente ofrece, por lo común, restos antropológicos fragmentados y dispersos, apenas útiles para un estudio a fondo de tipología racial.

El inventario de cuevas sepulcrales en el País Vasco meridional por J. M.^a Apellániz (1973, pp. 10-143) cubre un largo período de tiempo entre el Neolítico pleno o avanzado y la transición de la Edad del Bronce a la del Hierro.

En él se catalogan veintisiete cuevas de Vizcaya (Las Pajucas y Cuestalaviga, en Lanestosa, excavadas por Apellániz y Nolte; Aldeacueva y Kobia I en Carranza; Polvorín o Venta Laperra D, que excavaron en 1931 Aranzadi y Barandiarán; Garazal en Trucíos; Arenaza II en San Pedro de Galdames, que excavó Apellániz en 1970-71; Galao en San Julián de Musques; Atxeta en Forua, excavada por J. M. de Barandiarán en 1960-61; Guerrandijo en Ibaranguelua, excavada en 1966 por Apellániz y Nolte; Santamiñe y Sagastigorri, en Cortézubi —ésta de época romana—; Ereñuko Arizti en Ereño, de época romana; Kobeaga I —estudiada por Apellániz y Nolte en 1964-65— y Jentilkoba de Kalzaburu, en Ispaster; Abitaga en Amoroto; Txoxinkoba en Guizaburuaga, excavada por Apellániz y Nolte en 1967; Lumentxa en Lequeitio; Goikolau en Berriatua; Arxarte y Gueteleuta en Yurre; Albiztey en Abadiano, excavada en 1932 por Aranzadi y Barandiarán; Atxuri en Mañaria, excavada en 1960-62 por J. M. de Barandiarán; Oyalkoba en Abadiano; Eguzkiola en Ceánuri; Jentilkoba en Mañaria, donde se recogió fuera de estratigrafía un cráneo completo de individuo de 11 a 13 años, de tipología pirenaico-occidental según Basabe; y Atxubita en Lemona).

Once de Álava (Mariázulo en Oquedo; Arralday en Murguía, Gobacerra en Subijana-Morillas, Las Calaveras en Cárcamo y El Lechón en Artaza, estudiadas por Apellániz, Llanos y Fariña en 1964-65; Solacueva en Jócana, excavada por J. M. de Barandiarán en 1962 y 1966 y por A. Llanos recientemente; Los Moros y Arratiandi en Atauri; Obenkun en San Vicente Arana; Montico de Charratu en Albaina/Treño, excavada en 1965-66 por J. M. de Barandiarán; y Los Husos I en Elvillar excavada por J. M. Apellániz).

Ocho de Guipúzcoa (Jentiletxeeta I en Motrico, excavada por Barandiarán en 1927; Agarre en Elgoibar; Urtiaga en Itziar; Lezetxiki en Garagarza-Mondragón; Marizulo en Urnieta, excavada por Barandiarán, Laborde, Atauri y Altuna en 1962-65; Sorginzulo en Belaunza, excavada en 1960 por Rodríguez de Ondarra e I. Barandiarán; Txispiri en Gaztelu, excavada por M. Ruiz de Gaona en 1944; y Zopite II en Alquiza).

Y tres de Navarra (Urbiola, excavada por Maluquer de Motes en 1958; Abautz en Arraiz; y Moros de la Foz en Navascués, estudiada por Maluquer de Motes en 1956).

En las cuevas sepulcrales de la Edad del Bronce de Guipúzcoa, según el reciente catálogo de A. Armendáriz y F. Etxeberria (1983, pp. 345-347) —un total de cincuenta y siete—, se han catalogado más de tres millares de huesos pertenecientes a un mínimo de ciento veintitrés individuos (99 adultos, 12 jóvenes y 12 niños). Los conjuntos antropológicos de mayor entidad provienen de las cuevas de: Jentiletxeeta I en Motrico (excav. J. M. de Barandiarán, probablemente del Eneolítico, con al menos 7 individuos inhumados); Koba Zarra en Deva/Lastur (al menos 4 individuos), Urtiaga en Itziar/Deva (en cuyo nivel B identifican Armendáriz y Etxeberria al menos 6 individuos —5 adultos y 1 niño—), Erlaitz en Cestona (3 individuos), Iruaxpe en Goronacta-Arechavaleta (al menos 3 individuos), Arantzazu en Oñate (2 individuos al menos), Gaztiasoro en Oñate (1 cráneo completo y otros restos: al menos de 4 individuos), San Elías de Araoz-Oñate (mínimo de 3 individuos), Txomen Koba Erdikua de Araoz-Oñate (3 individuos), Allekoaitze en Atau/Lizarrusti (con un mínimo de 6 individuos, a partir de cata por J. M. de Barandiarán), Pikandita en Atau/San Martín (excavada por J. M. de Barandiarán con un nivel exclusivamente sepulcral que dio restos de al menos 4 individuos), Txispiri en Gaztelu (con al menos 14 individuos —2 de ellos infantiles y 1 juvenil—), Sorginzulo en Belaunza (con un mínimo de 4 individuos), Olatzazpi en Asteasu (con mínimo de 3 individuos), Beondegi II en Albiztur (con 4 individuos al menos), Marizulo en Urnieta (con 5 individuos como mínimo) y Belako Arkaitza en Alquiza (con unos 5 individuos).

De las listas de los lotes más interesantes de Antropología recogidos en cuevas en todo el territorio de Euskal Herria podemos retener los siguientes, ordenándolos aproximadamente de más antiguos a más recientes, entre el Neolítico y el Bronce avanzado:

— *Cueva de Santimamiñe* (Cortézubi-Guernica; Vizcaya): ofreció a sus excavadores, T. de Aranzadi, J. M. de Barandiarán y E. de Eguren, diversas piezas óseas en los niveles de conchero y con cerámica. De los niveles con cerámica proceden restos hallados en 1919, 1920, 1921, 1924...: un cráneo de un adulto (probablemente masculino), falanges, fragmentos de tibias, un húmero, dos radios, pedazos de fémures y piezas de manos, trozos de cráneo (pertenecientes a unos tres o cuatro individuos como mínimo). Del límite entre los niveles con cerámica y el conchero es un cráneo infantil muy deteriorado (hallado en 1919) y un frontal (en 1921). Del nivel de conchero proceden varios maxilares y fragmentos de varios huesos (encontrados en 1920).

El estudio monográfico del cráneo del adulto del nivel con cerámica («neolítico») fue desarrollado por T. de Aranzadi en el Congreso de Barcelona, de 1919, de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias: y se incluye, con el detalle de las otras evidencias antropológicas de Santimamiñe, en la segunda memoria de las investigaciones del yacimiento (Aranzadi-Barandiarán-Eguren 1931, pp. 33-50).

— *Cueva de Lumentxa* (Lequeitio; Vizcaya). Encontraron T. de Aranzadi y J. M. de Barandiarán en la campaña de 1928 un cráneo infantil (acaso de niña, de entre 2 y 7 años) y otros restos menores, correspondientes a un total de una media docena de individuos. Se atribuyen los restos al Neolítico. Los datos particulares de ese lote antropológico han sido expuestos por Aranzadi y Barandiarán (1935, pp. 86-90; 1948, p. 321).

— *Cueva de Fuente Hoz* (Anúcita; Álava). En las recientes excavaciones del yacimiento por A. Baldeón, a partir de 1980, se ha encontrado una interesante sucesión de niveles de enterramiento y de habitación del sitio. De los estratos de depósito funerario procede una colección de seis bóvedas craneales y de cuatro mandíbulas, aparte de abundante y fragmentado aparato postcraneal. En ese lote (estudiado monográficamente por Basabe-Bennassar en 1983) está presente un mínimo de nueve individuos y un máximo de catorce, en su mayoría adultos y masculinos: todos ellos de tipología mediterránea grácil. Uno de los cráneos (el FH.1) presenta una trepanación sobre el parietal, de forma de boquete rectangular (de 5 × 5,5 cm.), producida en vida del individuo (de unos 20 años de edad).

La importancia de la serie antropológica de Fuente Hoz se incrementa por su cronología en el Neolítico avanzado, dentro del último tercio del IV Milenio: con datación C14 en 3.290 ± 110 y 3.210 ± 110 B.C.

— *Abrigo del Padre Areso* (Bigüezal; Navarra). Excavado por M.ª A. Beguiristain en 1982 ha proporcionado un esqueleto completo de mujer en depósito de postura flexionada, del Neolítico, y restos de otro cadáver (algo peor conservado) del Bronce Antiguo. Ambas piezas están actualmente en estudio.

— *Abrigo de la Peña* (Marañón; Navarra). En un nivel del Neolítico avanzado o del Eneolítico inicial, que excavaron en 1983 M.ª A. Beguiristain y A. Cava, se recogieron abundantes huesos de niños (que representan el 80 % de la muestra de los depositados en el abrigo: tanto infantiles como subadultos) y de mujeres. Por el contexto de fechas C14 de la estratigrafía del sitio —aún inéditas— se puede pensar que aquel depósito funerario se acumuló dentro del IV Milenio B.C. El estudio monográfico de la colección antropológica, en prensa, ha sido hecho por J. M.ª Basabe (1985c).

— *Cueva de Atxeta* (Forua; Vizcaya). Encontró en ella en 1959 J. M. de Barandiarán una calota craneal y dos piezas postcraneales en un nivel calificado como Neolítico (acaso «Neo-Eneolítico»). El estudio del cráneo (Marquer 1960) concluye que perteneció a un hombre de 30 a 40 años de edad.

— *Cueva de Urriaga* (Itziar-Deva; Guipúzcoa). Recordando lo antes referido sobre los hallazgos de T. de Aranzadi y J. M. de Barandiarán anotaremos ahora el cálculo que hacen Armendáriz y Etxeberria (1983, pp. 324-325) de conservarse hoy como referidos al nivel B («Neo-Eneolítico») de esa cueva restos óseos de un mínimo de seis individuos (5 adultos, 1 niño) en los fondos del Museo Municipal de San Sebastián; reteniendo la opinión de los excavadores de Urriaga de que pudieron contarse hasta probablemente dieciséis individuos en aquel osario.

— *Cueva de Abautz* (Artaiz; Navarra). En las excavaciones recientes de P. Utrilla se recogió un abundante repertorio de restos humanos procedentes del nivel b, de inhumaciones, fechado por C14 en los 2290 ± 140 años B.C.: en contexto arqueológico eneolítico. No han sido estudiados.

— *Cueva de Los Husos I* (Elvillar; Álava). En el paquete estratigráfico IIIA, excavado por J. M. Apellániz, se encontró un cráneo de adulto definido como mediterráneo grácil con notables rasgos de pirenaico-occidental, por mestizaje (Basabe-Bennassar 1983, pp. 91-92 y gráfica 2 ofreciendo sus medidas). El depósito de ese nivel/paquete debió producirse, a juzgar por dataciones absolutas de los inmediatos, en torno a los 2200 ó 2000 años B.C.

— *Cuevas de Gobaederra, El Lechón, Arralday y Las Calaveras* (en términos de Subijana-Morillas, Artaza, Murguía y Cárcamo, en la cuenca del Bayas; Álava). En este conjunto de cuevas de la zona occidental de Álava, que estudiaron J. M.ª Apellániz, A. Llanos y J. Fariña en 1967, se ha recogido un importantísimo conjunto de restos humanos depositados junto a un ajuar representativo del Eneolítico avanzado o Bronce antiguo. Por los restos recuperados (cuya monografía extensa publicó Basabe en 1967) se piensa que debieron estar representados en aquellos osarios cerca de setenta individuos: los restos mejor conservados proceden del depósito de Gobaederra (con 12 cráneos masculinos y 8 femeninos estudiados), en Calaveras resultan más aprovechables 3 cráneos femeninos, 2 cráneos en El Lechón y restos de unos 9 individuos en Arralday. La referencia de este conjunto antropológico de la cuenca del Bayas resulta obligada por la identificación de Basabe de un modelo de referencia sobre la tipología racial de las poblaciones de la época y de la composición interna (en edades) de un grupo bastante significativo. Una fecha por C14 en los 1710 ± 100 años B.C. concreta la época aproximada del depósito funerario en esas cuevas.

— *Cueva de Urratxa III* (en el Gorbica; Vizcaya). Recientemente se recogieron ahí restos humanos pertenecientes a un varón adulto (un cráneo, una mandíbula, los dos fémures y el coxal izquierdo) sin haberse controlado su contexto arqueológico; catas posteriores de comprobación del yacimiento, por M. Muñoz, apreciaron un seguro depósito de la Edad del Bronce y alguna traza de Epipaleolítico dudoso. El estudio del cráneo (Garralda 1983) concluye en su probable cronología «posterior al Neolítico y anterior al Bronce Final»: se trata de un tipo dolicocefalo de la variedad Brno (como los Prédmost III y IX). El individuo de Urratxa ofrecería, así, la evidencia de una perduración (como se aprecia en algún caso del Epipaleolítico asturiano y de los depósitos eneolíticos del oeste alavés) de tipologías paleomorfas en la Prehistoria reciente.

— *Cueva de Haristoi* (San Martín de Erberua; Baja Navarra). Sabemos del hallazgo, no publicado, de restos humanos en un nivel del «Neolítico», en excavaciones del yacimiento por J. M. de Barandiarán y G. Laplace en los años 50.

- *Cueva de Txispiri* (Gaztelu; Guipúzcoa). Su excavación, por M. Ruiz de Gaona, controló un rico horizonte de depósitos funerarios del Eneolítico o, más probablemente, de plena Edad del Bronce, en los primeros años de la década de los 40. Se aludió a un mínimo de doce individuos presentes (Ruiz de Gaona 1945) y, como piezas de especiales características, a dos calotas craneales recortadas intencionadamente al estilo de los «cráneos-copa». En la más reciente revisión de la colección de Txispiri (Armendáriz-Etxeberria 1893, pp. 310-311) se refieren un «cráneo-copa» (bóveda craneal de adulto, casi completa), abundantes restos menores craneales (más de 150), de mandíbulas y otros, haciéndose un cálculo mínimo de catorce individuos en aquel depósito funerario (2 de ellos son infantiles y 1 juvenil).
 - *Abrigo de Kobeaga I* (Ispaster; Vizcaya). De las excavaciones por J. M. Apellániz y E. Nolte se obtuvo la identificación de un nivel superficial con abundantes restos fragmentados de inhumación; entre ellos hay un cráneo de mujer de unos 60 años de edad. Tipológicamente (según Basabe 1963) ocupa esa pieza una posición intermedia meso-braquicránea e hipsi-ortocránea, con máxima proximidad al grupo pirenaico-occidental reteniendo características del alpino.
 - *Cueva de Peña Larga* (Cripán; Álava). Las excavaciones iniciadas en 1985 por J. Fernández Eraso han descubierto un nivel de depósito funerario, con abundantes restos, referible probablemente al Bronce Pleno. Está ahora mismo en curso de estudio.
 - *Otros restos de inhumación de la Edad del Bronce*. Seleccionando algunas citas, entre las de entidad menor y no estudiadas por antropólogos, recordaremos, entre otros, los casos de los hallazgos de las cuevas de: *Osoški o del Moro* (Navascués; Navarra), *Norituri* (Urbasa; Navarra), *Obenkun* (San Vicente Arana; Álava) (con un cráneo joven o infantil, entre otras evidencias), *Zatoya* (Abaurrea Alta; Navarra) o *Isturitz* (Isturitz/San Martín de Erberua; Baja Navarra) (con restos bajo la estalagmita final que clausura el depósito arqueológico acumulado en la Sala de San Martín de esa cueva). En 1930 J. M. de Barandiarán recogió en el piso estalagmítico de la cueva de *Mariazulo* (Oquendo; Álava) un cráneo (cuyos datos se utilizan en Aranzadi-Barandiarán 1948) y otros huesos humanos de cronología indeterminada, aunque no es difícil pertenezcan a la Edad del Bronce.
- 3.5. *Depósitos en cámaras y recintos artificiales (dólmenes/túmulos) del Neolítico avanzado al Bronce pleno*

Las cámaras dolménicas y algunas estructuras tumulares han sido erigidas y utilizadas como recintos para el depósito colectivo de cadáveres desde el Neolítico avanzado hasta casi, probablemente, el Bronce final. El catálogo dolménico del País Vasco ofrece una gran densidad de monumentos agrupados en estaciones o sectores por las principales cadenas montañosas y zonas de prados en altura así como en territorios «de valle» o de tierra baja. El único monumento fechado por C14 (el de Kurtzbeide, en Álava) se sitúa a mediados del III Milenio a.C.; pero se poseen seguros criterios de tipología arqueológica (Cava 1984, pp. 139-141) para asegurar que los más antiguos megalitos del País (tales algunos de Rioja alavesa) pudieron haberse erigido en el Neolítico reciente (hacia el 3000 a.C., al menos), expandiéndose el fenómeno dolménico en el Eneolítico y perdurando bastantes siglos más tarde.

A pesar de la notable solidez de las estancias camerales y de los túmulos que las protegen rara vez se han hallado intactos los depósitos de cadáveres. En sus primeras excavaciones de dólmenes (las de las estaciones de Ataun-Borunda, de Belabieta o de Áltzania) ya advirtieron Aranzadi, Barandiarán y Eguren (1921, p. 37) la mala conservación de los restos humanos apuntando,

acertadamente, su causa: «radicante, probablemente, en el predominio de la arenisca, combinada con la exuberancia de la vegetación, aunque no siempre arbórea, sí muy frondosa, que destruyera todo resto humano; máxime con la colaboración pertinaz y hasta tozuda de los rebuscadores de tesoros, pues llegaron a cavar en la peña misma, nada resistente por cierto, en muchos puntos, constituida como está por pizarra deleznable (*añbela*)».

El primer monumento megalítico identificado con seguridad en Euskal Herria fue el espectacular *dolmen alavés de Aizkomendi*, en Egulaz, que ha aportado, en las varias excavaciones de su estructura, un amplísimo repertorio de restos humanos de los inhumados: por desgracia no han sido estudiados y, en su mayoría, se extraviaron. En el caso de Aizkomendi se ejemplifica el triste destino —pérdida para la Arqueología— de buen número de las colecciones óseas obtenidas hace tiempo por gentes no suficientemente preparadas o que no abordaron con eficacia su conservación.

Según la cuidada revisión de noticias sobre el contenido arqueológico del monumento de Aizkomendi por J. M. de Barandiarán (1966, pp. 27-35), el primer informe (enviado por el alcalde de Salvatierra, en 1833, a la Academia de San Fernando, de Madrid) refiere que «contenía en su ámbito (que medía 13 pies de largo y 10 de ancho) huesos y calaveras hasta la altura de más de 5 pies desde su pavimento, colocadas las cabezas a la parte de oriente y los pies al poniente...», añadiendo que «calaveras y huesos hallados en el sepulcro indican una estatura de hombres regulares y de jóvenes de 10 a 12 años, sin que se conozca haber mujeres o niños». El nuevo reconocimiento del sitio, por L. de Velasco en 1869, aportó «algunos fragmentos de huesos». La parcial excavación del monumento por E. de Eguren en 1925, removiendo lo que había quedado intacto en el interior de la cámara funeraria, obtuvo piezas óseas fragmentadas, algunas falanges y dientes, atribuibles a una población mínima de cuatro o cinco adultos y algún niño (Eguren 1927: 27). El desmonte de parte del túmulo de Aizkomendi y el estudio del conjunto del monumento en 1965 por J. M. de Barandiarán (Barandiarán 1966, pp. 38-39) dio una nueva muestra antropológica reducida (piezas dentarias de adultos y de niños, fragmentos quemados) que, en parte, puede proceder de las zonas camerales revueltas por los anteriores excavadores y, en parte, asociarse a una capa de pedregal acumulado sobre el túmulo «con algunos restos de incineración, en una época posterior a la utilización del dolmen».

El *dolmen de Eskalmendi* (cerca de Vitoria), estudiado en 1879 por R. Becerro de Bengoa, aportó «un número grande de esqueletos colocados en tres capas o líneas, separadas entre sí por losas pequeñas de cayuela» (Becerro de Bengoa 1881, p. 155). Nunca fueron analizados y hoy están perdidos.

También en varios dólmenes de la *estación de Cuartango* (Álava) se encontraron importantes series antropológicas: perdidas en su mayor parte, salvo lo que pudo estudiar E. de Eguren. En la excavación de la cámara del *dolmen de Uripide* (*Gúrpide Sur*), en Catadiano, se alude al hecho de encontrarse los esqueletos, cerca de 130, en varios pisos superpuestos (Apraiz 1892-1893), separados por «cubijas» de 30 en 30, orientados acurrucados hacia la parte central del monumento: la colección se ha perdido. En el mismo Gúrpide Sur se recogieron posteriormente otros dos lotes de huesos: uno, de cinco cráneos (extraídos por profesores del Colegio de Murguía), que fueron medidos y fotografiados por E. de Eguren (1914, pp. 113-116), correspondiendo a adultos de craneometría distinta (tres dolicocefalos, un subdolicocefalo o mesocéfalo, y un leptorrino y cameconico por su norma facial); el otro, en las excavaciones de J. M. de Barandiarán y D. Fernández Medrano de 1955, formaba una brecha compacta con huesos y piezas dentarias de «varias docenas de individuos, de los que algunos eran niños de escasa edad» (Barandiarán-Fernández Medrano 1958, p. 12). En el vecino *dolmen de San Sebastián II* había recogido L. de Velasco en

1877 cinco cráneos (dos de ellos completos), anotando de su propia excavación R. de Apraiz (1892-1893) que la cámara, en 1892, se encontraba aún «bastante rellena de huesos y de restos de cadáveres», todo muy revuelto.

El *dolmen de Axpea o Askorrigaña* (Trespuentes; Álava), que su excavador P. Ruiz de Azúa identificó como «sepultura tardenoisiense», proporcionó una colección de restos óseos atribuibles a cinco adultos y un infante (Ruiz de Azúa 1918), cuyo paradero actual se desconoce.

Las más importantes series antropológicas halladas en dólmenes vascos proceden de las estaciones de Aralar, Aizkorri, Urbasa (que excavaron T. de Aranzadi, J. M. de Barandiarán y E. de Eguren y estudió T. de Aranzadi) y Rioja alavesa (excavados por J. M. de Barandiarán y D. Fernández Medrano y estudiados, parcialmente, por J. M.^a Basabe y por R. Riquet). En esos lotes se basaron los principales planteamientos genéticos sobre tipología y dinámica raciales de las poblaciones del país en el Eneolítico y Edad del Bronce.

— *Dólmenes de la estación de Aralar* (Navarra-Guipúzcoa)

De las exploraciones en el Aralar navarro por T. de Aranzadi y F. de Ansoleaga proceden series bastante nutridas. En la primera expedición (Aranzadi-Ansoleaga 1915) se obtuvieron las colecciones antropológicas de los dólmenes de Aranzadi y de Obioneta Sur; en la segunda y tercera campañas el número mínimo de individuos calculados en los catorce dólmenes que se exploraron (Aranzadi-Ansoleaga 1918, pp. 44-51) debía pasar, sobradamente, de los sesenta y siete, destacando el conjunto del monumento de Debata de Realengo. En el *dolmen de Aranzadi* se calculó un mínimo de ocho esqueletos en la primera campaña por Aranzadi y Ansoleaga; en *Obioneta Sur* se controlaron hasta diecisiete inhumaciones, resultando escasos los restos utilizables para un análisis antropológico (un cráneo incompleto, un frontal, dos fragmentos de occipital, varios maxilares...); en *Debata de Realengo* se tuvo la certeza de haberse depositado más de treinta cadáveres aunque sólo se conservan bien los fragmentos mandibulares y piezas dentarias (más de 800); en *Ziñeko Gurutze* los restos (fragmentos de cuatro cráneos y varios huesos largos) pertenecen a un mínimo de cinco individuos; en *Aramendia* se depositaron al menos ocho cadáveres de los que se conserva mejor una calota y algunos huesos largos; en *Olaberta* se inhumaron unos ocho a dieciséis adultos más trece niños, como mínimo; en *Erbillerri* unos seis; y unos tres (uno de ellos es niño) en *Elurmenta*; etc.

En los nueve dólmenes excavados en 1917 en el Aralar guipuzcoano se recuperaron —aparte de huesos largos, fragmentos craneales, maxilares y otros— más de 1.650 piezas dentarias de lo que se deduciría el siguiente cálculo de individuos inhumados (Aranzadi-Barandiarán-Eguren 1919b, pp. 38-48) como mínimo: ocho en el dolmen de *Argarbi*, tres en *Arraztarán Este*, veinticuatro en *Arraztarán Oeste* (19 adultos, 2 ancianos, 3 niños), doce (11 adultos, 1 niño) en *Oidnegui Este*, catorce (11 adultos, 3 niños) en *Uelogoena Norte*, uno en *Arraztarangaña*, uno en *Zearregoena*, dos (1 adulto, 1 niño) en *Uelogoena Sur* y dos en *Baiarrate*. Sin que se hayan utilizado tales restos para control tipométrico alguno.

En la última expedición arqueológica al Aralar (Aranzadi-Barandiarán 1924, pp. 30-35) el efectivo de piezas dentarias hace calcular un mínimo de treinta individuos depositados en el dolmen de *Igaratza Sur* (donde se recogieron, además, dos cráneos utilizables para estudio), unos siete en el de *Trikuarri*, cuatro (uno de ellos niño) en el de *Zeontza*, cuatro (uno niño) en el de *Obioneta Norte* y diecisiete en el de *Obioneta Sur* (con algunas evidencias craneales interesantes).

— *Dólmenes de la estación de Aizkorri* (Guipúzcoa)

Estudiados por Aranzadi, Barandiarán y Eguren (1919a) han proporcionado sobre todo piezas dentarias de cuyo cómputo se puede deducir aproximadamente el número mínimo de individuos

inhumados. En el dolmen de *Pagobakoitza* están presentes un mínimo de diecinueve sujetos, siete en el de *Kalparmuño* y más de cuatro en el de *Gorostiarán Oeste*: con restos, en general, excesivamente rotos salvo fragmentos mensurables de *Pagobakoitza* (una bóveda craneal) y de *Kalparmuño* (un occipucio).

— *Dólmenes de las estaciones de Urbasa* (Navarra) y *Encia* (Álava)

Se recuperaron en ellos bastantes restos humanos, sobre todo fragmentos postcraneales y abundantes piezas dentarias (casi trescientas en el dolmen de *Artekosaro*, doscientas en el de *La Cañada*, unas trescientas veinticinco en el de *Zurgaina* y casi doscientas en el de *Puerto Viejo de Baquedano*), sin que haya sido posible reconstituir un solo cráneo. De los cálculos establecidos por T. de Aranzadi y E. de Eguren sobre el efectivo antropológico de los dólmenes de Encia (*Legaire Norte*, *Legaire Sur*, *Itaída Sur*, *Berjalarán*) y de Urbasa (*La Cañada*, *Artekosaro*, *Zurgaina*, *Puerto Viejo de Baquedano I*, *Armorkora Txikia*) y por F. Etxeberria del dolmen de *Itaída Norte* (Encia) se deduce la composición mínima de la población depositada en aquellas cámaras (Aranzadi-Barandiarán-Eguren 1921, pp. 9-14; Aranzadi-Barandiarán-Eguren 1923, pp. 25-30; Eguren 1927, p. 53; Etxeberria *in litt.* a J. I. Vegas): más de dieciocho inhumados en *Zurgaina*, más de catorce en *Artekosaro*, más de siete (y, probablemente, más de once) en *La Cañada*, al menos entre seis y once en *Puerto Viejo de Baquedano I*, ocho en *Itaída Norte*, ocho en *Berjalarán*, entre ocho y diez en *Legaire Sur*, tres en *Legaire Norte* y al menos dos tanto en *Armorkora Txikia* como en *Itaída Sur*. Tanto adultos (hombres y mujeres) como niños. J. de Apraiz (1896) cita en el hoy desaparecido dolmen de *San Juan* (Encia) «cadáveres... que casi se reducían a pequeños fragmentos, fuera de los dientes perfectamente conservados».

— *Dólmenes de la estación de Rioja* (Álava)

El dolmen del *Alto de la Huesera* (en Laguardia), que excavó en 1948 D. Fernández Medrano, dio un buen lote de restos: once cráneos (conservando dos de ellos la cara), ocho frontales, muy abundantes piezas mandibulares (veintinueve completas, más de ochenta fragmentos), setenta epifisis de fémures... El estudio previo de J. M. Basabe (1962b) y la monografía extensa por R. Riquet y P. Rodríguez de Ondarra (1966) deducen una población inhumada en el dolmen de aproximadamente treinta adultos y quince niños. Las mediciones de Riquet y Rodríguez de Ondarra se hicieron sobre dieciocho piezas craneales.

El dolmen de *La Cascaja* (en Peciña, dentro del suelo provincial de Rioja) fue excavado por D. Fernández Medrano y B. Osaba en 1953. Restos humanos pertenecientes a más de treinta inhumados se encontraron tanto al fondo de la cámara como en el corredor de acceso (eran veinte adultos y diez niños). En el lote destacan la veintena de piezas craneales (seis de ellas prácticamente completas) y numerosos fragmentos mandibulares. El estudio de ese efectivo antropológico ha sido realizado en tres ocasiones: Basabe 1962b; Marquer 1963 y Riquet-Rodríguez de Ondarra 1966.

De los dólmenes de *San Martín* (Laguardia) y *Chabola de la Hechicera* (Elvillar) provienen restos humanos que citan quienes los excavaron (J. M. de Barandiarán y D. Fernández Medrano en 1964 y J. M. Apellániz en 1974, respectivamente), sin que se haya producido su examen antropológico detallado. De *San Martín* se refieren restos de unos catorce cráneos fragmentados en el nivel inferior de la cámara del monumento (adscribible al Neolítico avanzado); de *Chabola de la Hechicera* se escribió que los huesos humanos estaban dispuestos en varias etapas del depósito.

Las excavaciones, recientemente emprendidas, de J. I. Vegas en los parajes de *San Juan ante Portam Latinam* (Laguardia) y en *Los Llanos* (Cripán) han empezado a aportar un importante repertorio de restos humanos del «Neo-Eneolítico». Aquel sitio —donde se hizo una excavación de

urgencia en 1984/85— se ha revelado como un depósito colectivo (¿al resguardo de roca, bajo bloques?) donde se han identificado provisionalmente más de cincuenta individuos. El dolmen de Los Llanos —cuya excavación comenzó en 1985— parece estar intacto ofreciendo ya los restos de los depositados en último lugar (del contexto cultural campaniforme) colmando hasta arriba el espacio de la cámara.

— *Otros restos humanos en dólmenes.* Más lotes antropológicos parciales (piezas menores o muy fragmentadas) se han recuperado en muchos de los monumentos megalíticos excavados. Se pueden recordar, entre otros, por ejemplo: el dolmen de *Aguerreburu* en Elosua-Plazentzia (con un maxilar superior y varios trozos craneales: Aranzadi-Barandiarán-Eguren 1922, pp. 33-34), el de *Maurketa* también en esa estación (con algún trozo craneal de difícil empleo en Paleantropología: Riquet 1967, p. 309), los monumentos navarros de *Baratzeko Erreka* y de *Arri-urdin* en la estación de Roncesvalles y de *Faulo*, *Balsa del Portillo de Ollate* y *Pieza de Luis* en la de Leire-Illón, etc.

En el *sepulcro bajo roca de Lamikela* (Contrasta; Álava) pudo recuperar en 1934 J. M. de Barandiarán diversas piezas craneales (cinco de bóvedas, veintitrés de mandíbulas —sólo completas cuatro—) y postcraneales: no estudiadas.

3.6. Restos del Bronce avanzado y de la Protohistoria

La implantación mayoritaria de la incineración de los cadáveres como uso habitual a finales de la Edad del Bronce elimina, en lógica, cualquier estudio antropológico tradicional sobre tipología racial de las poblaciones. En algunas memorias de excavación de yacimientos del Eneolítico o del desarrollo de la Edad del Bronce se alude a una parcial cremación de los restos depositados en cuevas (por ejemplo, en Gobaederra, en Los Husos I o en Abautz); pero no se sabe si se trata de una costumbre ritual o higiénica o de una simple cremación casual.

No se han localizado aún demasiadas necrópolis o estructuras aisladas de destino funerario en la Edad del Hierro vasca. Agrupaciones de urnas en campos, túmulos o círculos de piedra (*baratzak*) contienen ajuares reducidos y trazas de cenizas de la cremación de los ahí depositados.

En la *cueva de los Hombres Verdes* (Urbiola; Navarra), excavada por J. Maluquer de Motes en 1958, se localizó una galería de depósito funerario del Bronce avanzado. La serie antropológica que estudió M. Fusté (avanzada en 1965 y extensamente en 1982) expresaba una población mínima de treinta y cinco individuos (al parecer mineros de cobre cuyos cadáveres se recogían en la galería filón donde habrían antaño trabajado), aunque sólo una quincena de cráneos permitía algún diagnóstico racial concreto. La caracterización de sus índices cefálicos (Fusté 1982) asegura la presencia de dos dolicoocráneos, cinco mesocráneos, dos braquicráneos y un hiperbraquicráneo. Lo que evidencia una composición heterogénea del grupo, de marcado carácter «exótico», con una base de probable tipología mediterránea, con un conjunto de población alpinoide y con los dos muy braquicéfalos de tipo armenoide. Estos dos armenoides ofrecen un diagnóstico muy seguro al respecto en sus cráneos: notable aplanamiento de la región occipital, gran altura relativa, escasa participación del segmento parietal en el arco sagital, un punto bregma muy próximo al vértice (situándose éste muy posteriormente), un opistocráneo muy próximo al lambda y prominente nariz (de dorso convexo) según el análisis de M. Fusté. La presencia de estos elementos exóticos está de acuerdo con lo apreciado durante la segunda mitad del II Milenio en otras zonas peninsulares: pueden corresponderse con la que Riquet considera segunda oleada de braquicefalización de las etnias indígenas. Los armenoides de Urbiola serían parte de alguna banda de trabajadores de cobre (mineros y fundidores) que acaso «se expansionaron, por

vía marítima, por el Mediterráneo procedentes del Próximo Oriente, implantándose, siempre en escasa proporción (por lo menos en el área occidental), sobre un sustrato mediterráneo más antiguo» (Fusté 1965, pp. 294-295); su llegada «se iniciaría probablemente durante el Eneolítico y adquiriría la máxima intensidad en las oleadas célticas e invasiones germánicas».

En el *poblado de La Hoya* (Laguardía; Álava) —cuya primera ocupación remonta al Bronce pleno (siglos XVII-XVI a.C.) y la máxima expansión urbanística al desarrollo de la Edad del Hierro según A. Llanos— se han hallado bastantes depósitos de infantiles en el interior de las casas. De especial interés para análisis antropológico resultan los restos de varios individuos muertos de forma violenta en las mismas calles del poblado durante uno de los ataques que destruyeron parcialmente sus casas en época celtibérica (Segunda Edad del Hierro). Su estudio concluido —en prensa en *Estudios de Arqueología Alavesa*— ha sido realizado por J. M.^a Basabe e I. Bennassar.

4. CARACTERÍSTICAS GENERALES DE LA POBLACIÓN PREHISTÓRICA EN EL PAÍS VASCO

4.1. Presentación

Las poblaciones, prehistóricas o actuales, se han ido conformando por la convergencia de factores diversos, sustancialmente genéticos y geográfico-ecológicos: cuya situación original, interrelaciones y dinámica no son fáciles de controlar. Por ello los antropólogos en un primer estadio de su elaboración científica abordan sólo la exposición objetivada de los rasgos de la muestra recogida; pero les resulta, obviamente, menos simple pasar de aquel control analítico al establecimiento de categorías (es decir, de tipos o de variedades) que agrupen los rasgos comunes a las series de restos estudiados. Los propios paleantropólogos son conscientes de la relativa imprecisión y de las limitaciones de la caracterización de grupos humanos a partir sólo de la osteometría. «El *complejo racial* de las colectividades prehistóricas (reconocía S. Alcobé 1954, p. 21) de la Península Ibérica aparece integrado por cierto número de componentes tipológicos... en diferente proporción... que se distinguen con mayor o menor seguridad». Advirtiéndose que, de hecho, «la realidad analizable la constituyen las *poblaciones* en el sentido biológico de la palabra», dotada cada una de ellas de diversos elementos de variabilidad: propia, «con la fluctuación consabida para cada carácter y aun para cada tipo»; en sus mezclas, produciendo «formas individuales no bien definibles»; y por la acción del ambiente «ejercida durante muy largo tiempo».

El carácter perecedero de las materias orgánicas ha reducido a mínima proporción el repertorio de restos óseos de las gentes que ocuparon el País Vasco en la Prehistoria. No se ha excavado aún un número suficientemente representativo de necrópolis colectivas o de depósitos individuales; ni es buena, en los estudiados a fondo, la conservación de los restos. La historia de los estudios de Paleantropología vasca está íntimamente relacionada —en lógica relación de causalidad— con la del desarrollo de los trabajos de Prehistoria en el país. O sea, con la intensificación de las investigaciones de campo (las excavaciones) que portan, de inmediato, las evidencias necesarias para los estudios de Antropología Física; y también con el acrecentamiento de un cuerpo doctrinal que conoce la entidad de colecciones, yacimientos y culturas e identifica las variantes en tiempo, en espacio o en funcionalidad. Pese a todas las dificultades, ha sido ejemplar la aportación a lo largo de un siglo de los especialistas en Antropología Física: definiendo primero los caracteres de las poblaciones actuales del país y analizando, más tarde, las formas y variedades de quienes lo habitaron en la Prehistoria.

La continuidad de tipos humanos en el País Vasco desde la Prehistoria reciente a la actualidad es reconocida por los antropólogos. La opinión magistral asentada en el primer tercio de este siglo por T. de Aranzadi y expuesta correctamente —en el contexto de una interpretación global de Paleontología del pueblo vasco— por J. M. de Barandiarán resulta ahora, con mínimos matices de precisión, de total actualidad. «Hoy mismo hay entre los vascos —escribían Aranzadi y Barandiarán (1948, p. 312)— algunos individuos de uno u otro sexo con fisonomía en algo parecida a los Cro-Magnon; pero la distinción de los cráneos... retrotraería a épocas prehistóricas más antiguas (que la del Bronce argárico) la derivación. Los cráneos de Urriaga son más antiguos en parte, y por varios de sus caracteres concuerdan, sin embargo, mejor con los vascos actuales (pirenaicos) que con los de Cro-Magnon». Pudiéndose concluir (Barandiarán 1976, p. 118) que «el tipo humano que habitó el territorio vasco durante el período eneolítico, o sea 2000 años antes de nuestra era, pertenecía a la raza vasca».

El tipo pirenaico occidental constituye para M. Fusté (1966, p. 345) una realidad científica que deriva, sin diferencia excesiva, de quienes ocuparon el territorio en el Eneolítico: «no vemos cómo puede negarse, atendiendo exclusivamente a criterios científicos, esta realidad y, por tanto, la existencia en el seno de la población vasca de un tipo racial al que tradicionalmente ha venido denominándose pirenaico occidental, el cual puede detectarse además, si bien con menor frecuencia numérica, en comarcas pirenaicas algo separadas del País Vasco-Navarro... (tales como el Pirineo aragonés —valles de Hecho y de Tena— y el valle de Arán); puede afirmarse que desde el Neo-Eneolítico la población no parece haber experimentado cambios fundamentales en su estructura racial...».

Al terminar su revisión de las series de eneolíticos vascos en relación con otras vecinas francesas o catalanas se preguntaba R. Riquet (1967, p. 312) si se puede buscar en aquellos individuos prehistóricos ancestros de los vascos actuales, aceptando que «habida cuenta del inmemorial conservadurismo de Aquitania y del País Vasco existen muchas probabilidades de que así sea». En los cuatro mil años transcurridos de entonces ahora se reconocen, de cualquier modo, algunos cambios formales en esos grupos: «la cabeza se ha acortado (194-185 mm.) y ensanchado (143-144 mm.), la bóveda craneal se ha aplastado (130 mm.), habiéndose así modificado los índices del neurocráneo en un sentido 'alpino', sea espontáneamente o por influencia de las poblaciones aquitanas vecinas como generalmente se reconoce. Por el contrario, el esplanocráneo ha variado mucho menos, manteniéndose con escasas diferencias la altura de la cara (61-72 mm.) y la anchura bizogomática».

4.2. Los grupos humanos tradicionales en Euskal Herria: el tipo pirenaico occidental o vasco

La situación de este país entre las circunstancias de acantonamiento que caracterizan los hechos antropológicos y los procesos culturales en las comarcas montañosas pirenaicas y las de «apertura» (como región de paso, con buenas comunicaciones y con fácil posibilidad de asentamiento) de la amplia depresión del Ebro y del bajo Adour conforma, al parecer, la variedad de grupos raciales, que se aprecian ahora y se pueden rastrear en el pasado. Mientras que los caracteres propios de las poblaciones del sector occidental del Pirineo se desparraman por ambas vertientes de la cadena, constituyendo un tipo antropológico peculiar, los de las que ocupan los valles centrales del Pirineo parecen quedar encerrados en su ámbito propio de la vertiente meridional. Es ésta una importante constatación de F. de Olóriz, cuando examinó en 1892 los índices cefálicos peninsulares (en las memorias del Congreso Geográfico Hispano-Portugués-Americano, de Madrid), que, matizada ahora, conviene retener: «la faja de partidos judiciales fronterizos con

Francia aparece claramente dividida en tres porciones que corresponden a los tres Estados que en la Edad Media compartieron la vertiente meridional del Pirineo. Y es muy notable el hecho de que en los segmentos extremos, esto es, en las fronteras francoaragonesa y francocatalana, el índice es más alto que en el segmento medio o frontera francoaragonesa... Parece como si las partes más débiles de la muralla natural que nos separa de Europa, que están en sus extremos, hubieran sido puertas de paso para las emigraciones desde la península al continente, y a la inversa, de modo que alrededor de dichas puertas se hubieran constituido poblaciones de caracteres intermedios, en tanto que en el trozo central de la cordillera, fuera de las líneas ordinarias de emigración y de comercio, se hubiera mantenido casi pura la raza más antigua quizás de nuestro suelos».

Existe un tipo humano más propio de la zona montañosa de Euskal Herria (el pirenaico occidental, o vasco). Se combina con otros, de aspecto «alóctono», en el centro y sur del territorio, como descendientes de los diversos grupos humanos que, desde la Prehistoria reciente (a partir del Neolítico avanzado), colonizan el país desde distintos frentes: del Norte aquitano, del Sur a partir de la Meseta y del Este y el Sudeste (cuenca media del Ebro y, quizás, lejano litoral mediterráneo). Se produce así aquel «mosaico racial» que definen los antropólogos en el panorama ofrecido por las poblaciones actuales del Pirineo ibérico y de sus zonas contiguas. En su diversidad se singularizan tres elementos o troncos étnicos más característicos, el pirenaico occidental, el mediterráneo y el alpino. De acuerdo con la síntesis fundamental de M. Fusté (1954) sobre las poblaciones de la zona, englobando Euskal Herria en su ámbito mayor del Sur de Aquitania, del Pirineo Central y de la Cuenca Media del Ebro se distinguen ahora: I, *el tipo pirenaico occidental o vasco*, que ofrece individuos altos, mesocéfalos en su mayoría; II, *el tipo mediterráneo*, de estatura media y proporciones esbeltas, moreno, con conformación de la cabeza acusadamente dolicocefala, extendido por el tercio meridional del territorio vasco hacia el Ebro (de cuya depresión constituye el elemento antropológico básico); III, *el tipo alpino*, de complejión media, acusada braquicefalia, en «aspecto marcadamente rechoncho», que se concentra en los altos valles del Pirineo; y IV, *tipos nórdicos* (a veces mezclados con los alpinos), de aspecto de tez clara (cabello rubio; ojos de iris azul, piel muy blanca) y elevada estatura, que —según M. Fusté— pudo llegar al Pirineo «con las invasiones de los bárbaros y probablemente también con las oleadas célticas» y se conoce hoy en zonas de la Navarra Media Oriental y territorios pirenaicos limítrofes con Aragón.

Las regiones montañosas de Euskal Herria han debido de mantener con mayor fijación —por normal endogamia— algunos rasgos antropológicos de carácter ancestral. Del mismo modo que aquí han quedado asentados durante más tiempo, y con tendencia a sobrevivir entre las innovaciones que se van sucediendo en tierras vecinas, modos de vida y actitudes culturales de carácter tradicional; tanto en la Prehistoria como en un pasado reciente. Así, acumulándose y decantándose, se ha ido conformando a lo largo del tiempo una *etnia vasca*: ciertamente distinta y bien diferenciada por rasgos propios en lo lingüístico, en lo etnográfico (costumbres y tradiciones «populares») y en lo físico. Con H. V. Vallois (1943, p. 99) ha de aceptarse que como etnia, y al margen de situaciones administrativas, «el pueblo vasco forma desde hace siglos un grupo autónomo... Su principal carácter es su lengua, muy diferente de las de todos los otros grupos europeos y que es considerada generalmente como el último superviviente de los idiomas hablados en nuestro continente antes de la introducción de las lenguas indoeuropeas. Sus costumbres le clasifican también aparte... forma, pues, una etnia... Las investigaciones de los antropólogos han demostrado que se diferencia igualmente por sus caracteres físicos».

Las causas de diferenciación de esta población concreta son diversas y de no fácil jerarquización. «La variabilidad fenotípica de las colectividades humanas enclavadas desde antiguo en la

tierra vasca —escribía J. M.^a Basabe en 1971a (pp. 21-22)— buscada con ahínco en restos óseos y en el vivo, viene teledirigida por las variación de otras causas que la determinan y a cuyo ritmo se ajusta: pulsaciones climáticas, variaciones del relieve, distribución de las faunas que son fuente de alimento, alternancias de bosque y de estepa, condiciones del poblamiento. La Geografía prehistórica, la Paleoclimatología y Paleodemografía tienen mucho que decir en la estructura tipológico-racial de la población de nuestros valles y montañas. Clima y relieve han actuado como factores antropológicos de primer orden».

El área propia del tipo vasco se extiende al Pirineo Occidental en ambas vertientes, con cierta expansión septentrional por zonas de Aquitania hacia el Garona y hasta casi el valle de Arán; por el Este se establece su límite aproximadamente en la divisoria entre Navarra y Aragón, hallándose aún algunos tipos vascos en los valles oscenses de Hecho y de Tena. La climatología atlántica, influyendo en la formación de bosques del territorio, favoreció el aislamiento y la persistencia, por tanto, de aquel antiguo elemento humano, según la opinión de M. Fusté (1954, pp. 377-368): «la presencia de importantes masas forestales en dicha región permitió el aislamiento de sus habitantes y explicaría también la persistencia del pueblo vasco con todas sus características raciales y culturales hasta la actualidad, mientras que en zonas más al Sur iba cediendo el paso paulatinamente a nuevos elementos y formas de vida, reclusándose, poco a poco, al amparo de los bosques que cubrían extensas zonas de las estribaciones pirenaicas».

La identificación antropológica del tipo pirenaico occidental se ha establecido tanto sobre características de orden anatómico (morfología e índices craneofaciales, estatura, tipometría ósea postcraneal, rasgos dermatológicos...) como de orden fisiológico o funcional (grupos sanguíneos, sensibilidad a la feniltiocarbamida...). Siendo más valorados, en general, los rasgos de craneometría y de morfología ósea.

Los caracteres propios de la cabeza del vasco «típico», o pirenaico occidental, fueron claramente expuestos en la síntesis métrica de T. de Aranzadi, de 1922: el cráneo es normalmente mesocéfalo (es decir, largo, ancho y bajo), teniendo la frente medianamente ancha con relación al óvalo craneal (casi estrecha con relación a las sienas, por abultamiento de éstas) y un contorno globiforme visto por detrás (con cierto abultamiento de la parte superior del occipital). Es, además, el cráneo vasco introrsobasilar (con el borde anterior del orificio máximo relativamente alto), griptózigo (o sea, de arcos zigomáticos apenas, o nada, visibles desde arriba) y, en general, estegnonato (es decir, de cara alta y estrecha, con nariz alta y estrecha, y de órbitas bastante altas). En la valoración general de su índice cefálico opina Aranzadi que por su mesocefalia, además de por otras características osteológicas, hay que considerar al vasco como a un tipo intermedio entre mediterráneos y alpinos: sin que ese carácter de intermediario se deba a mestizaje alguno. Al estudiar los diversos grupos de población francesa hizo H. V. Vallois (1943, pp. 99-101) amplia referencia a la anatomía y aspecto externos del vasco: «La forma de su cabeza es característica. Abultado en las sienas, el cráneo presenta una cara larga y delgada que se estrecha gradualmente hacia abajo y termina en un mentón huidizo y apuntado. De donde resulta un aspecto que ha sido designado con el nombre de 'cabeza de liebre' y no tiene analogía en las otras razas de Francia. A pesar de su abultamiento, la cabeza es bastante larga: no es por lo tanto más que moderadamente braquicéfala, con un índice de 83. La frente, recta, se une, casi sin hundimiento surnasal, a una nariz delgada y saliente, netamente leptorrina. Los cabellos son morenos, oscuros o negros, siendo excepcionales los rubios. Pero los ojos son frecuentemente claros, verdes o castaños. El aspecto general del cuerpo es también característico. La estatura es grande: en mucho superior a la media francesa; alcanza 1,67 en los vascos puros... Las espaldas, muy rectas y elevadas, cubren un pecho en tronco de cono que se continúa en un talle

fino y caderas muy estrechas, con piernas también delgadas. Las curvas del raquis son muy acentuadas y dan a la marcha una gracia y soltura particulares...».

En lo serológico se aprecia entre los vascos un porcentaje muy alto de individuos del grupo 0, al mismo tiempo que es elevada la proporción de los que entre ellos poseen un factor Rh negativo. Las medias de Francia y de España revelan, respectivamente, proporciones del 43,3 % y del 33 % para los pertenecientes al grupo 0: frente a ellas destacan las de los vascos continentales (con un 62 %) y peninsulares (57,2 %), frente —por ejemplo— a las proporciones en las provincias vecinas de Huesca (41,5 % del grupo 0), de Zaragoza (39 %) o de Teruel (47 %). En algunas comunidades vascas más cerradas aquellos porcentajes medios de gentes con sangre de tipo universal aumentan: en la muestra de Hasparren llegan a suponer las dos terceras partes del colectivo (66 %). En cuanto al factor Rh negativo, ante la media del 15 % en poblaciones blancas las de vascos oscilan entre el 28,5 % y el 42 % (éstas en vascofranceses).

P. Marquer había llegado a considerar al tipo pirenaico occidental como una variedad singular dentro del tipo genérico mediterráneo, ligeramente mezclada con elementos alpinos: «una variedad regional de la gran raza mediterránea más o menos alterada por cruces con braquicéfalos alpinos» (Marquer 1963, pp. 196-197). Advirtiendo que su proceso de formación apenas diferiría del constatado en la mayoría de las poblaciones de Europa meridional: «sus características no son suficientemente destacadas como para que se las pueda atribuir a una raza especial» concluía. Respondiendo a esa apreciación —que suscitó un fuerte rechazo en quienes, como R. Riquet, M. Fusté o J. M.^a Basabe, han estudiado las colecciones antropológicas del país— ofreció M. Fusté (1966) al IV Symposium de Prehistoria Peninsular sobre problemas de la Prehistoria y de la Etnología vascas una esclarecedora síntesis, enumerando los rasgos propios del tipo pirenaico occidental, cuyas «características morfológicas, serológicas y fisiológicas... lo distancian de los demás que constituyen actualmente, o constituyeron en el pasado, el cuadro tipológico de las poblaciones europeas».

El diagnóstico básico sobre el tipo pirenaico occidental ha sido recientemente desarrollado, y matizado, por J. M.^a Basabe. En un análisis muy preciso de una muestra significativa —aunque reducida— de lo prehistórico en diez cráneos adultos masculinos (tres de Urriaga, uno de Santimamiñe, dos de Atxeta, dos de Forua y dos de Aralar) comparada con series actuales del país y con otras prehistóricas del Levante (Basabe 1966, p. 360) se revela sin duda:

- a) *En cuanto a identificación tipológica*, que hay «una mayor semejanza de los cráneos prehistóricos (de la serie vasca) con los vascos actuales»; y que las diferencias entre las series prehistóricas vascas y levantinas «se aprecian precisamente en aquellos caracteres en los que el tipo pirenaico occidental se distancia más del mediterráneo».
- b) *En cuanto al proceso de conformación del tipo pirenaico occidental*, que se pudiera insinuar que «el mecanismo evolutivo craneofacial que desemboca en el actual tipo pirenaico occidental se manifiesta con antelación en los caracteres del neurocráneo más bien que en los de la cara» y que «resulta por ahora inasequible precisar el momento en que la población prehistórica autóctona manifiesta en sus restos tal frecuencia e intensidad de correlaciones que la capacitan para ser considerada como grupo originario definido».

4.3. Los grupos antropológicos a lo largo de la Prehistoria del País Vasco

4.3.1. La población de fines del Paleolítico Inferior

De las gentes del Pleistoceno Medio en el País Vasco, en el Achelense, no se ha recuperado resto óseo alguno, aunque sí varias evidencias de sus industrias talladas en piedra (sílex, cuarcita,

ofita, basalto...). Pero hay información suficiente en territorios próximos como para anotar la tipología genérica de aquellas gentes. El tipo humano del *Homo erectus* —que al parecer se extiende hace en torno a un millón de años desde su «cuna» africana por Eurasia— es el autor de las industrias achelenses del Sudoeste europeo. Dentro del lote genérico de los «anteneandertales» se conocen en medio pirenaico y de la Meseta tres importantes conjuntos de *Homo erectus*: en el Pirineo Oriental los encontrados en excavación de la Cauna d'Aragó en Tautavel, referidos a la glaciación de Mindel; en el Pirineo Central la mandíbula de Montmaurin (departamento de Haute Garonne) que se situaría a fines de la glaciación de Riss o bien ya dentro del interglaciador Riss-Würm; y al Norte de la Meseta en la cueva Mayor de Atapuerca (Burgos) donde se han recuperado en brecha de huesos piezas pertenecientes a cinco o seis individuos, datables en el Pleistoceno Medio (glaciación de Riss). El estudio monográfico de los restos de Atapuerca en su contexto de los homínidos del Pleistoceno Medio (Aguirre-Basabe-Torres 1976; Aguirre-Lumley-Basabe-Botella 1977) sugiere las características físicas fundamentales de quienes fueron los autores de las industrias talladas del Paleolítico Inferior tardío vasco.

4.3.2. *Los Homo sapiens del Paleolítico Medio y Superior*

Los escasos restos humanos conocidos en el País Vasco del Paleolítico Medio (húmero de Lezetxiki y sendos lotes de piezas dentarias de Lezetxiki y de Axlor) y las colecciones dispersas por la estratigrafía del Paleolítico Superior de Isturitz encajan, correctamente, en las características propias del *Homo sapiens neanderthalensis* (aquellos vestigios del Paleolítico Medio) y del *Homo sapiens sapiens* (éstos del Paleolítico Superior).

En las culturas iniciales del Paleolítico Superior del Sudoeste europeo (Perigordense Inferior o Castelperroniense) se está detectando la pervivencia del hombre de Neanderthal. Sus indicios se habían señalado en Combe-Capelle (excavaciones un tanto inseguras por O. Hauser en 1909) y en La grotte du Renne de Arcy-sur-Cure (excavaciones de A. Leroi-Gourhan) y se refrendan ahora en el descubrimiento —de 1979/80— por F. Lévêque y B. Vandermeersch de dos individuos del tipo de Neanderthal enterrados, en el yacimiento de la Roche à Pierrot (en Saint-Césaire; departamento de Poitou-Charente), dentro de un típico nivel del Castelperroniense. Ello parece demostrar que «algunas poblaciones neanderthalenses han sobrevivido en el comienzo del Paleolítico Superior antes de ceder definitivamente su plaza al hombre moderno» (Lévêque-Vandermeersch 1981, p. 144). Al respecto se puede recordar que Vallois (según R. y S. de Saint-Périer 1952, p. 168) había advertido ciertos caracteres arcaizantes en un maxilar inferior del nivel gravetiense (Perigordense Superior; el llamado SIV) de Isturitz, cuyo «índice de robustez a nivel del orificio del mentón vale 49, cifra elevada que recuerda la de los Neanderthales».

Dentro del *Homo sapiens sapiens* del Paleolítico Superior de Europa occidental se han distinguido dos variantes antropológicas principales: el tipo de Cro-Magnon (de elevada estatura, cráneo dolicocefalo) y el de Chancelade, sugiriéndose subvariantes de uno y de otro («negroides» de Grimaldi, «cromañoses orientales» de Predmost, Oberkassel...). Manifestaciones antropológicas que sólo se datan con seguridad ya avanzado el Paleolítico Superior, a partir de los 25.000 años a.C.

En diversos cráneos vascos de la Prehistoria reciente se han apreciado características ancestrales, «paleomórficas», derivadas al parecer de esas variedades del *Homo sapiens* del Paleolítico Superior. Tal es el caso de Urriaga (aunque no sea del Magdaleniense final el cráneo masculino hallado en 1936, pieza 1936.I o B1, sino del Neo-Eneolítico) con aceptados rasgos

cromañoses, de otras piezas del Eneolítico alavés también referibles al ancestro de Cro-Magnon, o del cráneo de Urratxa (del Eneolítico o de la Edad del Bronce) con características que recuerdan a la subvariedad de Predmost-Brno.

4.3.3. *Las poblaciones del Epipaleolítico (Mesolítico)*

No se han hallado (salvo en el caso discutido de las piezas supuestas del Aziliense de Urriaga) restos humanos de esa época de transición —en el primer tercio del Holoceno— en el País Vasco. En las poblaciones del Epipaleolítico peninsular se aprecian características de filiación paleolítica básica (paleomorfos de tipo Cro-Magnon) junto a otras de rasgos protomediterráneos (según algunos, derivados del tipo Combe-Capelle). Los restos peninsulares mejor reconocidos proceden de Muge (en Portugal) y de varias estaciones asturianas (Los Azules I del Aziliense, y Cuartamentero, Balmori y Mazaculos del Asturiense); con los que se ha solidado relacionar (véase el conciso resumen al día por Basabe-Rúa 1985, pp. 170-172) el proceso de conformación antropológica en la supuesta seriación de cráneos de Urriaga.

Un cráneo del Mesolítico de la cueva de Poeymaü (Pirineos Atlánticos, en el Bearn) ha sido interpretado por H. V. Vallois (*in litt.* 5, julio, 1968 a G. Laplace) como «protovasco, con características clásicas del tipo de Cro-Magnon extremadamente atenuadas», emparentándolo con los rasgos apreciados en los cráneos atribuidos al Aziliense en Urriaga. Basándose en esta apariencia «protovasca» del espécimen de Poeymaü, de época Sauveterriense (o sea, en el Epipaleolítico de facies geométrica), se sugiere (Laplace 1982, p. 31) que sea en el seno de aquellas poblaciones autóctonas de cazadores de bosque del Epipaleolítico donde se hallaran «las raíces de la etnia pirenaica o euskérica».

4.3.4. *Los grupos humanos del Neolítico, Calcolítico y Edad del Bronce*

El Neolítico y la Edad del Bronce son etapas de extraordinario interés para el prehistoriador por sus características de cambio técnico y cultural y tanto más por lo que suponen en la difusión y asentamiento de los grupos de población.

El cuadro general de Paleantropología peninsular del Neolítico y Edad del Bronce es aceptado desde hace un cuarto de siglo (así Alcobé 1954, pp. 15-21) reconociendo la existencia de un elemento básico («el substrato principal y común de estas poblaciones») en los tipos mediterráneos (grácil y, en menor cantidad, robusto o eurafricánido), la persistencia de razas paleolíticas y la existencia de grupos «locales» en diversos parajes y con concreta tipología racial (dináricos, nórdicos, negroides, pirenaico occidentales...). Según ello, y simplificando (Fusté 1956, pp. 117-121), serían mayoría los mediterráneos gráciles, a los que acompañarían en menor número algunos mediterráneos robustos y los que se supone son persistencia de tipos paleolíticos (paleomorfos), constituyéndose en minoría los elementos braquicéfalos (alpinos, dináricos...); al margen de localizaciones regionales o locales, como nuestros pirenaico occidentales o vascos.

El cambio antropológico en esas etapas va a desarrollarse como resultado de la convergencia sobre los países de dos factores diferentes, los indígenas y los inmigrantes, con diverso grado de responsabilidad. Así se explican en referencia específica a lo observado en Francia (Riquet 1976, pp. 145-146):

- «la primera neolitización sería producida por una verdadera colonización de extranjeros que se contentarían ciertamente con ocupar los mejores sitios, dejando el resto a los mesolíticos...»;
- «en el Neolítico Medio, al margen de los cambios culturales, se habría producido la extensión de algunos grupos (danubianos, mediterráneos más occidentales..., según las

zonas) de los que es imposible decidir si se trata de indígenas aculturados o de inmigrantes»;

- «con la llegada de la metalurgia, debieron desembarcar grupos de pioneros en las costas (como, por ejemplo, los portadores del campaniforme), pero en lo esencial se asiste a una aculturación masiva de los tipos reforzada por una endogamia de concurrencia en grupos hostiles».

Se subraya, en general (Riquet 1967, pp. 308-312; Riquet 1976, p. 151), el particularismo «todavía no bien conocido» de los pueblos franceses de la fachada atlántica (de Bretaña a Aquitania) donde «siempre se marcará más la persistencia del elemento indígena». El Neolítico avanzado y el Calcolítico ofrecen, por todas partes, una rápida multiplicación de los grupos culturales en un contexto de impresionante «explosión demográfica» con importantes novedades (megalitismo en expansión, campaniforme, metalurgia incipiente...) «que se suceden rápidamente, sobre todo en torno a las regiones metalíferas. La búsqueda del cobre, de la plata, del oro o del plomo parecen haber desatado una concurrencia feroz» (Riquet 1976, pp. 143-144). En cuanto a la Paleantropología vasca, aceptada la existencia de un grupo indígena de aspecto arcaico (Riquet 1967, p. 312), se sugiere que la introducción del megalitismo (entre los vascos como en el resto de toda la extensa fachada atlántica francesa) se habría producido por elementos mediterráneos, «siendo imposible de determinar qué parte se haya de atribuir a los inmigrantes que sugiere la Arqueología y cuál, con más probabilidad, al indigenado de inspiración mesolítica» (Riquet 1976, p. 143).

La pluralidad de paisajes de Euskal Herria acoge en el Neolítico avanzado y, sobre todo, en el Calcolítico a una masa de población compuesta por distintos grupos raciales. La síntesis de Basabe (1967; también 1971a) sobre la Antropología de Álava en esas etapas señala la distribución de las poblaciones en dos grandes áreas: al Sur predominan los mediterráneos (sobre todo gráciles) con algunos cromañoides y mediterráneos robustos y pocos pirenaico occidentales, mientras que al Norte los mayores porcentajes de la población corresponden a este tipo pirenaico occidental al que acompañan, en minoría, algunos mediterráneos y tipos paleomorfos. Distribución ésta que, salvando diferencias locales, puede ser aplicada a la mayor parte del territorio vasco pirenaico y peninsular.

Desde el Calcolítico (Eneolítico) el fondo racial de Europa meridional, y sus modelos culturales, se van a ver parcialmente renovados por la aparición de minorías de grupos braquicéfalos (alpinos, nórdicos) dentro de una situación de profunda «innovación antropológica» que sacude el Continente y afecta, de rechazo y aunque un poco lejanamente, a las poblaciones peninsulares. Tres caracteres antropológicos surgen, según Riquet (1967), con el Calcolítico en la casi totalidad de las poblaciones de Europa Occidental: la brusca floración de elementos braquicéfalos (campaniformes del Rhin, civilizaciones francesas del S.O.M., belgas, dólmenes daneses, culturas rusas de cerámicas peinadas...), la desgracilización general de las poblaciones (que llega, incluso, a caracterizar a varios grupos aquitanos y habrá de interpretarse como «la resurgencia del fondo mesolítico provisionalmente eliminado de la escena y relegado a la sombra por los colonos del Neolítico antiguo principalmente, y luego por los del Neolítico Medio») y la multiplicación de los grupos culturales. La teoría general de Riquet sobre la «brusca floración de elementos braquicéfalos» y la consiguiente «desgracilización de las poblaciones» (Riquet 1967, pp. 312-313) en los albores de las Edades de los Metales afectaría a las poblaciones prehistóricas de la mitad septentrional de Francia —incluso hasta el Loira— como efecto de la intervención de grupos relacionados con el Calcolítico campaniforme procedentes de países más septentrionales.

Aquella «acción braquicranizante de la civilización de Seine-Oise-Marne se paraba más allá del Loira medio y desaparecía totalmente al sur del Garon». Anotándose en las poblaciones calcolíticas vascas que Riquet estudia una proximidad notable con las otras mediterráneas del Sur de Francia y de Cataluña. Por tanto, aquel diagnóstico debe matizarse en su aplicación al Pirineo vasco y zonas vecinas en tres sentidos: en el bajo peso demográfico de los braquicéfalos transpirenaicos, en la perduración de los paleomorfos cromañoides y en la significativa presencia de los típicos pirenaico-occidentales, no sólo en las Edades de los Metales sino, como es sabido, en su evolución hacia las formas actuales.

El cuadro de población trazado por Basabe (1967) sobre los restos procedentes de cuevas sepulcrales alavesas del Calcolítico e inicios de la Edad del Bronce ofrece una fuerte proporción de mediterráneos gráciles (en torno al 60 %), una presencia notable del componente pirenaico-occidental (15 %) y de otros con rasgos paleomorfos cromañoides (11 %) y la existencia de elementos minoritarios diversos (mediterráneos robustos, eurafriánidos, o del tipo Baume-Chaude). La misma estructura inter-racial de las poblaciones de la época se aprecia en las otras estaciones vascas: aunque cambien las proporciones de los elementos componentes básicos mediterráneos gráciles / pirenaico-occidentales. Son los pirenaico-occidentales predominantes en los depósitos de los dólmenes septentrionales (guipuzcoanos y navarros), en tanto que los mediterráneos gráciles (representantes de la población peninsular mayoritaria por esas fechas) resultan dominantes en Álava y, cada vez más, al sur (así en los dólmenes riojanos de La Cascaja y de El Alto de la Huesera).

Como ya se anotó antes, los materiales antropológicos que se poseen para establecer el mapa de poblaciones de estas épocas de Euskal Herria proceden, en su mayoría, de varias estaciones dolménicas (Aralar, Rioja Alavesa, Aizkorri y Urbasa), de cuatro cuevas sepulcrales del oeste alavés y de otras estaciones aisladas (Urbiola, Fuente Hoz...), en lo publicado hasta ahora. Es un lote no amplio que no cubre suficientemente todo el territorio: pues no hay, por ejemplo, testimonios aprovechables de Iparralde ni de las zonas estrictamente pirenaicas. Es conveniente, por ello, tener en consideración algunas series procedentes de territorios vecinos inmediatos: como la fosa de inhumación colectiva de La Atalayuela (Basabe 1978) o la cista campaniforme de Rincón de Soto (Bennassar 1982) en la provincia de Rioja, el dolmen burgalés de Porquera de Butrón (Basabe 1971c) al norte de la Meseta, o el depósito colectivo de los niveles superiores de la cueva de Duruthy en Sordes-L'Abbaye (Landas) del que se refirieron (en excavaciones del último tercio del XIX) una treintena de inhumados del que siete cráneos han podido ser recuperados y estudiados (Riquet 1967, p. 308). De su análisis morfológico y de acuerdo con la tipología racial reconocida hoy en las poblaciones occidentales del Neolítico al final de la Edad del Bronce se pueden distinguir en el seno de los pobladores de Euskal Herria en esas etapas de la Prehistoria reciente los siguientes grupos antropológicos:

I. El tipo pirenaico occidental o vasco

Las mediciones de las series craneales de dólmenes de Aralar por T. de Aranzadi (1922) fueron incorporadas al importante cuadro recapitulativo de Antropología vasca de J. M. de Barandiarán (1947a). En él se evidencia la proximidad entre los vascos actuales y quienes en el Calcolítico e inicios de la Edad del Bronce ocupaban las zonas montañosas del país. En la serie dolménica (de los monumentos de Ziñeko Gurutze, Aranzadi, Obioneta Sur y Arzabal: en el Aralar navarro) y en el control de vascos vivos se aprecian rasgos similares, propios del tipo pirenaico occidental: mesocefalia con sienas abultadas, leptorrinia, ortognatia, estrechez de mandíbula... y mediana estatura (Barandiarán 1947a, pp. 43-45):

	DOLMÉNICOS		ACTUALES	
	Masculinos	Femeninos	Masculinos	Femeninos
Diámetro ántero-posterior máximo	183-184	173-175	186	178
Diámetro transverso máximo	142-149	135	142,5	138
Anchura frontal máxima	118,5	124	120	116
Anchura frontal mínima	92-101	87-101	97	95
Anchura biastérica	102-105	110	112	109
Anchura nasal	23-26	—	23,8	23
Altura de la nariz	47	—	52,1	49,3
Circunferencia glabélica	541	517	529,5	510,3
Índice cefálico	56-77,6	77,1-78	76,6	77,5
Índice nasal	47,9	—	45,7	46,4
Índice fronto-parietal	64,8-74,3	64,4	67,5	68,8
Índice frontal	85,2	81,4	80,2	81,3
Índice astero-parietal	73,9	81,5	79,2	79
Índice de curvatura frontal	86-86,4	88,4	86,3	85,2
Estatura	1,65-1,67	1,52	1,65	—

P. Marquer diluía en parte la tipología característica de los pirenaico-occidentales en el contexto del gran grupo antropológico mediterráneo con quien, a su parecer, se emparentarían (Marquer 1963). El cuadro aportado al respecto (así Marquer 1966, p. 30) comprendía las principales mediciones craneales en diversas series «neo-eneolíticas», más recientes y actuales. Las expresamos, en el cuadro adjunto, en las sucesivas columnas: a, de Atxeta; b, de Guñerradi-Forua; c, de Santimamiñe; d, del Alto de la Huesera; e, de La Cascaja; f, de dólmenes navarros; g, del cráneo U3 de Urriaga; h, de una serie actual de los vascos de Zarauz; i, de una serie de cráneos guipuzcoanos en el Museo Etnológico de Madrid; y j, de una serie de cráneos vizcaínos de ese mismo Museo.

	a	b	c	d	e	f	g	h	i	j
Número de restos	1	3	1	4	6	2	1	43	57	14
Diámetro ántero-posterior	189	186	192	185	192	179	188	186	186	184
Diámetro transverso	140	143	143	139	139	141	139	143	142	140
Anchura frontal máxima	117	120	123	118	119		121	118	121	118
Anchura frontal mínima	96	93	98	96	95		89	96	96	94
Índice cefálico	74,07	76,56	74,48	74,92	72,17	78,93	73,93	77,1	76,33	76,08
Índice fronto-parietal	64,57	65,96	68,53	69,51	68,55		64,03	67,1	67,57	67,12
Índice fronto-transversal	82,95	77,5	79,6	81,84	79,78		73,55	81,4	79,25	79,36

En este cuadro destacan dos bloques básicos, de mesocéfalos (con índices cefálicos comprendidos entre 75,0 y 79,9: así los tres lotes de vascos actuales y los de dólmenes navarros y de Guñerradi-Forua) y de dolicocefalos (índice entre 70,0 y 74,9: netamente los de La Cascaja), aparte de otro lote de dolicocefalos tendentes a mesocéfalos (Atxeta, Urriaga, Santimamiñe, Alto de la Huesera). De hecho el tipo pirenaico occidental posee suficientes caracteres craneales y postcraneales complementarios que lo singularizan nítidamente de los mediterráneos tal como R. Riquet, M. Fusté y J. M.^a Basabe han demostrado.

La serie de referencia de las poblaciones «neo-eneolíticas» vascas de R. Riquet (1967, pp. 308-311, fig. 17, cuadro XLVII) se basa en las mediciones de conjuntos de dólmenes riojanos (Alto de la Huesera, Peciña), de Cuartango (Gúrpide y serie «desconocidos» en el Museo de Álava: acaso procedentes de las excavaciones de Barandiarán y Eguren en esa estación dolménica) y Aralar (Ziñeko Gurutze, Aranzadi), de la cueva de Urriaga (comprendiendo los siete cráneos de su monografía anterior de 1962) y de los siete cráneos del depósito de Duruthy-Sordes (en Landas).

II. El tipo mediterráneo grácil

Se define por J. M.^a Basabe y por M. Fusté en su cráneo por su «mesodolicomorfa» en los índices del neuro y esplanocráneo, de contornos ovoides y domiformes, leptorrino y aristencéfalo; posee cara mediana con órbitas grandes y redondeadas y nariz alargada, y se caracteriza su cuerpo por su escasa estatura y por la gracilidad general de su esqueleto. Como ya se advirtió, el tipo mediterráneo grácil debe ser el predominante en la mayoría de las estaciones posteriores al Neolítico de la Navarra Media y de la Ribera y del tercio meridional alavés. Resulta el dominante en las series de los dólmenes riojanos (Alto de la Huesera y La Cascaja) y en las cuevas sepulcrales del Bayas (con un porcentaje del 60 %). Al abordar el estudio de la colección antropológica de la cueva alavesa de Fuente Hoz, junto al Bayas también, J. M.^a Basabe e I. Bennassar (1983, p. 95) formulan una hipótesis del poblamiento de esta franja meridional del País Vasco con arribada de elementos foráneos: «hacia finales del IV Milenio procedentes del este peninsular y remontando el Ebro hacen acto de presencia en las cuevas alavesas y dejan en sus esqueletos el fenotipo de gracilidad mediterránea».

III. El tipo mediterráneo robusto (eurafriánido)

Se caracteriza, frente al mediterráneo grácil, por ser de cráneo muy alto y muy largo (más dolicocefalo y de bóveda más elevada), en individuos altos de osamenta robusta. En algunos de estos sujetos se mezclan determinados rasgos cromañoides (o paleomorfos, en general). No es tipo frecuente en el seno de las poblaciones prehistóricas del país pero se le ha identificado en alguno de los inhumados en dólmenes riojanos y en cuevas sepulcrales alavesas.

IV. Los tipos de persistencia paleolítica (paleomorfos varios)

Hace poco ha efectuado M.^a D. Garralda el examen mediante el cálculo del coeficiente de forma ($\frac{m-1}{m} c^2$) de la distancia entre varios grupos craneales, comparando la pieza de Urratxa

III (en el Gorbea vizcaíno) con series anteriores y más recientes: de vascos modernos (según medidas de T. de Aranzadi), de las cuevas sepulcrales del oeste alavés (según J. M.^a Basabe), del Calcolítico-Bronce vasco (según R. Riquet) y del cráneo de Marizulo (según J. M.^a Basabe), en relación con conocidos especímenes del Paleolítico Superior europeo (Combe Capelle, Cro-Magnon, Chancelade, Oberkassel, Predmost III, Predmost IX). Se deduce de ellos (Garralda 1983, p. 131) la presencia entre los grupos de este territorio del Norte peninsular de una población cromañoides y también de otros tipos de «ascendencia» oriental (tal el de Brno o de Predmost en Urratxa). Recordándose, de paso, la identificación por J. M.^a Basabe (1967) en los inhumados de cuevas del Bayas alavés de algunos individuos de morfología cromañoides junto a los mediterráneos mayoritarios y a algunos pirenaico-occidentales.

V. Los grupos minoritarios (alpinos y armenoides)

El conjunto antropológico de la cueva de los Hombres Verdes, en Urbiola, muestra la heterogénea composición de un grupo dedicado a la prospección y trabajo del cobre a finales de la Edad del Bronce: incluye tipos mediterráneos, algunos de tipología alpinoide y dos armenoides típicos. La presencia de los armenoides en Urbiola se puede aproximar (Fusté 1965) con la de otros en yacimientos de la Cornisa cantábrica (cuevas asturianas del Milagro en Onís, del Moro en Aramo y del Bufón en Vidiago, cueva cantábrica de Suano), en relación de proximidad con filones de cobre: suponiéndose que deben ser bandas de metalúrgicos desplazados de sus tierras de origen —en el litoral oriental del Mediterráneo— a estos países occidentales.

Del tipo alpino (concentrado, hoy, en vivo en algunos valles del Pirineo navarro y aragonés) se ha anotado una calota al parecer femenina, aparte de otros restos alpinoide, en el conjunto de Urbiola.

Siempre resulta difícil anotar las variedades raciales en las series osteológicas que hoy poseemos en la Prehistoria reciente vasca; tanto más plantear otras cuestiones de índole demográfica o biológica. Del estudio de los depositados en las cuevas del oeste alavés deduce Basabe (1967, pp. 50-51) una estructura de población compuesta por un 25 % de infantiles, un 20 % de juveniles, un 45 % de adultos y un 10 % de maduros (de más de 41 años hasta los 60): lo que significa una fuerte mortalidad infantil y también de los sujetos de edades inferiores a los 30 años (pues entre ambas categorías se comprende la mitad de los inhumados). Tales datos coinciden casi exactamente con lo apreciado en otras series del Calcolítico/Bronce peninsular: en la muestra de 70 a 80 individuos depositados en el monumento tumular de la Atalayuela, en Rioja, se advirtió una mortalidad infantil próxima al 40 % (según el estudio de J. M.^a Basabe). La pirámide de edades establecida por L. A. Guerrero sobre un lote de 725 inhumados en dólmenes de Cataluña anota un 21,9 % de infantiles (10,5 de ellos de primera infancia; 11,4 de segunda infancia), un 10,7 % de jóvenes, un 45 % de adultos, un 12,5 % de maduros y un 7,7 % de ancianos.

4.3.4. Las poblaciones del final de la Prehistoria

Los profundos cambios de los modos de vida, en el ritual y en las técnicas de los inicios de la Edad del Hierro se han atribuido a la arribada a la Península, a través de los pasos extremos de la Cadena pirenaica, de diversos contingentes humanos procedentes de Europa Centro-occidental. Aunque la necrópolis de la época —donde se practican sistemáticamente ritos de incineración de los cadáveres— no proporcionan datos para la identificación antropológica de la intensidad y arraigo de las «oleadas» de invasores, se piensa que la presencia de porcentajes apreciables de elementos «nórdicos» en la tipología actual de la población aragonesa y navarra certifica, acaso, la de los transpirenaicos que llegaron a la Península desde finales de la Edad del Bronce y en la primera mitad de la del Hierro.

UPV/EHU

IGNACIO BARANDIARÁN MAESTU

BIBLIOGRAFÍA

- AGUIRRE, E. de; BASABE, J. M.^a; TORRES, T., 1976: «Los fósiles humanos de Atapuerca (Burgos)», *Zephyrus* 26-27, pp. 489-511.
- AGUIRRE, E. de; LUMLEY, H. de; BASABE, J. M.^a; BOTELLA, M., 1977: «Affinities between the mandibles from Atapuerca et l'Arago, and some East African fossil hominids», *Proceedings of the 8th Panafrican Congress of Prehistory*. Nairobi, pp. 171-174.

- ALCOBÉ, S., 1954: *Guía para el estudio antropológico de las poblaciones prehistóricas españolas* (IV Congr. Intern. de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas), Madrid.
- ALCOBÉ, S.; BASABE, J. M.^a; RIQUET; R. SCHWIDETZKY, I., 1978: «Anthropologische Reste der neolithischen und frühbronze zeitlichen Bevölkerung der Iberischen Halbinsel», *Fundamenta* 3, pp. 28-44.
- APELLÁNIZ, J. M.^a, 1973: *Corpus de materiales de las culturas prehistóricas con cerámica de la población de cavernas del País Vasco meridional* (Munibe/Suplemento 1), San Sebastián.
- APRAIZ, J. de, 1892-1893: «Los dólmenes alaveses», *Euskal-Erria Revista Bascongada*, 1892, pp. 401-406, 443-448; 1893, pp. 48-51, 75-80.
- APRAIZ, J. de, 1896: «Un nuevo dolmen alavés», *Euskal-Erria Revista Bascongada*, 1896, pp. 187-190.
- ARANZADI, T. de, 1889: *El pueblo euskalduna. Estudio de Antropología* (Imprenta Provincial), San Sebastián.
- ARANZADI, T. de, 1894: «Le peuple basque. Étude d'anthropologie», *Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris*, séance 4 octobre, pp. 512-520.
- ARANZADI, T. de, 1911: «Antropología vasca», *Geografía General del País Vasco-Navarro*, dir. F. Carreras-Candi, pp. 89-124. Barcelona.
- ARANZADI, T. de, 1922: «Síntesis métrica de cráneos vascos», *Revista Internacional de Estudios Vascos* 8, pp. 1-60, 337-363.
- ARANZADI, T. de, 1934: «Les Basques dans l'anthropologie de l'Europe. Classification du profil facial par le triangle. Le profil facial sur le vivant moyennant le tétraèdre», *Actes du Congrès International des Sciences Anthropologiques et Ethnologiques*, Londres, tirada aparte 146 ss.
- ARANZADI, T. de; ANSOLEAGA, F. de, 1915: *Exploración de cinco dólmenes del Aralar* (Imprenta Provincial), Pamplona.
- ARANZADI, T. de; ANSOLEAGA, F. de, 1918: *Exploración de catorce dólmenes del Aralar. Segunda y Tercera expediciones* (Imprenta Provincial), Pamplona.
- ARANZADI, T. de; BARANDIARÁN, J. M. de, 1924: *Exploración de ocho dólmenes de la Sierra de Aralar* (Imprenta Provincial), San Sebastián.
- ARANZADI, T. de; BARANDIARÁN, J. M. de, 1935: *Exploración de la caverna de Santimamiñe (Basando, Cortézubi)*. 3. *Exploraciones de la caverna de Lumentxa (Lequeitio)*, Bilbao.
- ARANZADI, T. de; BARANDIARÁN, J. M. de, 1948: «Cráneos prehistóricos de Vasconia comparados entre sí», *Gernika-Eusko Jakintza* II, 2-5, pp. 307-330.
- ARANZADI, T. de; BARANDIARÁN, J. M. de; EGUREN, E. de, 1919a: *Exploración de seis dólmenes de la sierra de Aizkorri*, San Sebastián.
- ARANZADI, T. de; BARANDIARÁN, J. M. de; EGUREN, E. de, 1919b: *Exploración de nueve dólmenes del Aralar guipuzcoano* (tirada de Euskalerrriaren Alder), San Sebastián.
- ARANZADI, T. de; BARANDIARÁN, J. M. de; EGUREN, E. de, 1921a: *Exploración de ocho dólmenes de Altzania*, San Sebastián.
- ARANZADI, T. de; BARANDIARÁN, J. M. de; EGUREN, E. de, 1921b: *Los nuevos dólmenes de la Sierra de Encia*, San Sebastián.
- ARANZADI, T. de; BARANDIARÁN, J. M. de; EGUREN, E. de, 1922: *Exploración de diez y seis dólmenes de la Sierra de Elosua-Plazentzia* (Imprenta Diputación Prov. Guipúzcoa), San Sebastián.
- ARANZADI, T. de; BARANDIARÁN, J. M. de; EGUREN, E. de, 1923: *Exploración de seis dólmenes de la Sierra de Urbasa (Navarra)*, San Sebastián.
- ARANZADI, T. de; BARANDIARÁN, J. M. de; EGUREN, E. de, 1931: *Exploración de la caverna de Santimamiñe (Basando, Cortézubi)*. 2. *Los niveles con cerámica y el conchero*, Bilbao.
- ARANZADI, T. de; HOYOS, L. de, 1905: *La raza vasca. ¿Existe una raza de éuskaros? Sus caracteres antropológicos*, tirada aparte, San Sebastián.
- ARMENDÁRIZ, A.; ETXEBERRIA, F., 1983: «Las cuevas sepulcrales de la Edad del Bronce en Guipúzcoa», *Munibe* 35, pp. 247-354.
- BARANDIARÁN, I., 1985: «El progreso de la Arqueología prehistórica en el País Vasco», *Langaiké* 8-9, pp. 85-102.
- BARANDIARÁN, I.; VALLESPÍ, E., 1984: *Prehistoria de Navarra* (2.^a ed.), Pamplona.
- BARANDIARÁN, J. M. de, 1934: *El Hombre Primitivo en el País Vasco* (Zabalkundea), San Sebastián.
- BARANDIARÁN, J. M. de, 1947a: «Antropología de la Población Vasca», *Ikuska* 6-7, pp. 193-210 (tb. en *La raza vasca*, col. Auñamendi 5, pp. 13-48).
- BARANDIARÁN, J. M. de, 1947b: «De Prehistoria Vasca. Exploración de la cueva de Urtiaga (en Itziar-Guipúzcoa)», *I, Eusko Jakintza* 1947, pp. 113-128, 265-271, 437-456, 679-696.

- BARANDIARÁN, J. M. de, 1953: *El Hombre prehistórico en el País Vasco* (Ekin), Buenos Aires.
- BARANDIARÁN, J. M. de, 1966: «Explotación de Aizkomendi. Desmonte de la parte meridional del túmulo», *Estudios de Arqueología Alavesa* 1, pp. 27-40.
- BARANDIARÁN, J. M. de, 1976: «Antropología», *Diccionario Enciclopédico Vasco* (Enciclopedia General ilustrada del País Vasco), s.v., II, pp. 105-120.
- BARANDIARÁN, J. M. de; FERNÁNDEZ MEDRANO, D., 1958: «Excavaciones en Álava», *Zephyrus* 9.1, pp. 5-50.
- BASABE, J. M.ª, 1961: «Modalités endogamiques d'une vallée basque», *Proceedings of the Second International Congress of Human Genetics*, Roma, pp. 152-156.
- BASABE, J. M.ª, 1962a: «Basculación de la región occipital del cráneo en el tipo pirenaico occidental», *Munibe* 14, pp. 56-60.
- BASABE, J. M.ª, 1962b, «Nota previa sobre los cráneos de los dólmenes de Peciña y Alto de la Huesera», *Anuario de Eusko-Folklore* 19, pp. 223-225.
- BASABE, J. M.ª, 1962c: «Rapport entre l'introversion du basion et la bascule de la région occipitale chez le type pyrénéen-occidental», *Congrès International des Sciences Anthropologiques et Ethnographiques*, París 1960, pp. 411-413.
- BASABE, J. M.ª, 1963: «Nota acerca del cráneo Eneolítico de la cueva de Kobega (Ispaster, Vizcaya)», *Munibe* 15, pp. 63-64.
- BASABE, J. M.ª, «Présence du Type Pyrénéen Occidental dans les populations préhistoriques du Nord de l'Espagne», comunic. al *Congrès International des Sciences Anthropologiques et Ethnographiques*, Moscú 1964.
- BASABE, J. M.ª, 1965: «Sensibilité au P. T. C. de la population basque-navarre», comunic. al *Congrès d'Anthropologues Tchécoslovaques à Brno-Août 1965*.
- BASABE, J. M.ª, 1966a: «Antecedentes prehistóricos de la población actual vasconavarra», *IV Symposium de Prehistoria Peninsular*, pp. 351-362.
- BASABE, J. M.ª, 1966b: «El húmero musteriense de Lezetxiki (Guipúzcoa)», *Munibe* 18, pp. 13-32.
- BASABE, J. M.ª, 1966c: «Étude anthropologique des crânes du dolmen de Peciña (Logroño, Espagne)», *Atti VI Congresso Internazionale delle Scienze Preistoriche e Protoistoriche*, Sezz. V-VIII, pp. 336-338.
- BASABE, J. M.ª, 1967: «Restos humanos de algunas cuevas sepulcrales de Álava», *Estudios de Arqueología Alavesa* 2, pp. 49-91.
- BASABE, J. M.ª, 1969: «Presencia de rasgos cromañoides en la población prehistórica del País Vasco-español», *Anuario de Estudios Atlánticos* 15, pp. 51-56.
- BASABE, J. M.ª, 1970: «Dientes humanos del Paleolítico de Lezetxiki (Mondragón)», *Munibe* 22, pp. 113-124.
- BASABE, J. M.ª, 1971a: «El hombre prehistórico vasco y su proyección en el momento actual», *Actas de la Primera Semana Internacional de Antropología Vasca*, pp. 19-34. Bilbao.
- BASABE, J. M.ª, 1971b: «Restos humanos del yacimiento de Marizulo», *Munibe* 23, pp. 105-124.
- BASABE, J. M.ª, 1971c: «Estudio de los restos humanos del dolmen de Porquera de Butrón (Burgos)», *Noticiero Arqueológico Hispánico* 15, pp. 100-108.
- BASABE, J. M.ª, 1973a: «Dientes humanos del Musteriense de Axlór (Dima, Vizcaya)», *Trabajos de Antropología* 16.4, pp. 187-207 (tb. en *Obras Completas* de J. M. de Barandiarán, XVII, pp. 134-144. Bilbao 1980).
- BASABE, J. M.ª, 1973b: «Metacarpiano humano de la cueva de Los Casares (Guadalajara)», en *Cueva de Los Casares (en Riba de Saetices, Guadalajara)*, por I. Barandiarán (Exc. Arq. España 76), pp. 117-122. Madrid.
- BASABE, J. M.ª, 1978: «Estudio antropológico del yacimiento de La Atalaya (Logroño)», *Príncipe de Viana* 152-153, pp. 423-478.
- BASABE, J. M.ª, 1982: «Restos fósiles humanos de la región vasco-cantábrica», *Cuadernos de Sección. Prehistoria, Arqueología, Antropología* 1, pp. 67-83 (Sociedad de Estudios Vascos).
- BASABE, J. M.ª; BENNASSAR, I., 1980: «Algunos restos humanos del Paleolítico santanderino», *Actas del II Symposium de Antropología Biológica de España*, pp. 653-666. Oviedo.
- BASABE, J. M.ª; BENNASSAR, I., 1983: «Estudio antropológico del yacimiento de Fuente Hoz (Anúcita, Álava)», *Estudios de Arqueología Alavesa* 11, pp. 77-119.
- BASABE, J. M.ª (en prensa, 1985c): «Informe antropológico del abrigo de La Peña (Marañón, Navarra)», *El yacimiento arqueológico del abrigo de la Peña*, por M.ª A. Beguiristain - A. Cava.
- BASABE, J. M.ª; BENNASSAR, I. (en prensa, 1985b): «Estudio antropológico del yacimiento de La Hoya», *Estudios de Arqueología Alavesa*.
- BASABE, J. M.ª; RÚA, C. de la, 1985a: «Euskal Herriko populazio Prehistoriaren eta Protohistorikoaren antropologia», *Euskal Herriaren Historiaz II. Historiaurrea* dir. A. Azkarate (Univ. País Vasco), pp. 155-186. Bilbao.

- BECERRO DE BENGOA, R., 1881: «Álaba en Euskal-Erria. Los dólmenes celtas», *Euskal-Erria Revista Bascongada* III, pp. 153-158.
- BENNASSAR, I., 1982: «Antropología de dos inhumaciones en cistas con vaso campaniforme en Rincón de Soto (Rioja Baja, Logroño)», *Berceo* 103, pp. 69-87.
- BILLY, G., 1964: «Analyse typologique et structure raciale du Pays Basque», *L'Anthropologie* 68, pp. 363-384.
- BOULE, M., 1923: *Les Hommes Fossiles*, Paris.
- BREUIL, H., 1910: *Les plus anciennes races humaines connues*, Fribourg.
- BROCA, P., 1868: «Sur les Basques de Saint-Jean-de-Luz», *Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris*, 1868, pp. 9, 48 ss.
- CAVA, A., 1984: «Las industrias líticas en los dólmenes del País Vasco meridional», *Veleia* 1, pp. 51-145.
- COLLIGNON, R., 1895: «Anthropologie du Sud-Ouest de la France. I. Les Basques», *Mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris*, 3.ª serie, I, fasc. 4, pp. 1-68.
- COLLIGNON, R., 1899: «La race basque. Étude anthropologique», *La tradition au Pays Basque*, pp. 97-100. Paris.
- CUNHA, A. X. da, 1974: «Rassengeschichte der Iberischen Halbinsel», *Rassengeschichte der Menschheit* 2, pp. 103-127. Mainz.
- CUNHA, A. X. da; FUSTÉ, M., 1962: «Antropología das populações ibéricas», *Estudos de Antropologia Portuguesa* 7, pp. 125-154.
- EGUREN, E. de, 1914: *Estado actual de la Antropología y Prehistoria vascas. Estudio antropológico del Pueblo Vasco. La Prehistoria en Álava*, Bilbao.
- EGUREN, E. de, 1927: «Dólmenes clásicos alaveses. Nuevos dólmenes en la Sierra de Entzia (Encia)», *Revista internacional de Estudios Vascos* 18, pp. 1-54.
- FUSTÉ, M., 1954: «El tipo alpino en las poblaciones del Pirineo», tirada aparte de *Pirineos*, pp. 33-34. Zaragoza.
- FUSTÉ, M., 1956: «Raíces prehistóricas del complejo racial de la Península Ibérica», *Zephyrus* 7, pp. 109-124.
- FUSTÉ, M., 1960: «Estado actual de la antropología prehistórica de la Península», *Primer Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica*, pp. 363-382. Pamplona.
- FUSTÉ, M., 1965: «Algunas observaciones acerca de las poblaciones prehistóricas y protohistóricas del Norte de España», *Actas del XXVII Congreso Luso-Español de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias* II, pp. 290-296. Madrid.
- FUSTÉ, M., 1966: «El tipo racial pirenaico-occidental», *IV Symposium de Prehistoria Peninsular*, pp. 341-350. Pamplona.
- FUSTÉ, M., 1982: «Restos humanos de la cueva de los hombres verdes en Urbiola (Navarra)», *Trabajos de Arqueología Navarra* 3, pp. 3-41.
- GARRALDA, M.ª D., 1979: «Les populations du Néolithique et du Bronze I dans la Péninsule Ibérique et les Îles Baléares», *Archives Suisses d'Anthropologie Générale* 43.2, pp. 211-222.
- GARRALDA, M.ª D., 1982: «El cráneo asturiano de Cuartertero (Llanes, Oviedo)», *Kobie* 12, pp. 7-29.
- GARRALDA, M.ª D., 1983: «El hombre de la cueva Urratxa III (Vizcaya)», *Kobie, Revista de Ciencias* 13, pp. 125-134.
- HOYOS, L. de, 1946: «Antropología prehistórica española», *Historia de España* dir. por R. Menéndez Pidal, I.1 (3.ª ed.), pp. 195-241; 1961).
- HOYOS, L. de, 1949a: «Ein jungpaläolithischer baskischer Schädel», *Archiv Julius Klaus-Stift. Verarbeitung-Forschungen* 24, pp. 570-576.
- HOYOS, L. de, 1949b: «Una calavera fósil vasca», *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural* 47, pp. 335-343.
- HOYOS, L. de, 1950, 1953: *Investigaciones de Antropología Prehistórica de España* I (1950); II (1953). Cons. Sup. Invest. Científicas, Madrid.
- JACQUES, V., 1887-88: «L'Ethnologie Préhistorique dans le Sud-Est de l'Espagne», *Bulletin de la Société d'Anthropologie de Bruxelles* 6, pp. 226 ss.
- JAUREGUIBERRY, P. de, 1947: *Considérations sur la race basque*, Burdeos.
- LAPLACE, G., 1982: «Sépultures et rites funéraires préhistoriques en vallée d'Ossau (Ursari)», *Hil Harriak. Actes du Colloque International sur la Stèle Discoidale*, pp. 21-70, Bayona.
- LEVÊQUE, F.; VANDERMEERSCH, B., 1981: «Le néanderthalien de Saint-Césaire», *La Recherche* 119.12, pp. 242-244.
- MARQUER, P., 1958: «Les crânes basques de Zarauz (Espagne) et de St. Jean de Luz (France)», *Bulletin et Mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris* 9.10 S, pp. 353-396.
- MARQUER, P., 1960: «Calotte crânienne d'Atxeta», *Excavaciones en Atxeta (Forua)* (1959) por J. M. de Barandiarán, pp. 27-31. Bilbao.

- MARQUER, P., 1963: «Contribution à l'étude anthropologique du peuple basque et au problème de ses origines raciales», *Bulletin Mensuel de la Société d'Anthropologie de Paris*, 4.XI série, pp. 1-240.
- MORANT, G., 1929: «A contribution to Basque Craniometry», *Biometrika* 21, tirada aparte.
- NEWELL, R. R.; CONSTANDE-WESTERMAN, T. S.; MEIKLEJOHN, Ch., 1979: «The Skeletal Remains of Mesolithic Man in Western Europe: an Evaluative Catalogue», *Journal of Human Evolution* 8.1.
- OAKLEY, K. P.; CAMPBELL, B. G.; MOLLESON, T. I., 1971: *Catalogue of Fossil Hominids. Part II: Europe* (Trustees of the British Museum (Natural History)), Londres.
- PALES, L., 1958: «Les Néanderthaliens en France», *Hundert Jahre Neanderthaler*, ed. G. H. R. von Koenigswald, pp. 32-37, Köln-Graz.
- PASSEMARD, E., 1924: *Les stations paléolithiques du Pays Basque et leurs relations avec les Terrasses d'Alluvions* (L. Bodiou), Bayona.
- PASSEMARD, E., 1936: «Le Moustétien à l'Abri Olha en Pays Basque», tirada aparte de *Revue Lorraine d'Anthropologie*, Nancy.
- PASSEMARD, E., 1944: «La Caverne d'Isturitz en Pays Basque», *Préhistoire* 9, pp. 7-95.
- RIQUET, R., 1962: «Les crânes d'Urriaga en Izar (Guipúzcoa)», *Munibe* 14, pp. 84-104.
- RIQUET, R., 1967: *Populations et races au Néolithique et au Bronze ancien*, 2 vols. fotocopios de originales. Burdeos.
- RIQUET, R., 1969: «Anthropologie du Néolithique Occidental», *Bulletin de la Société Royale Belge d'Anthropologie et de Préhistoire*, pp. 143-150.
- RIQUET, R., 1970: *Anthropologie du Néolithique et du Bronze Ancien*, Poitiers.
- RIQUET, R., 1976: «L'Anthropologie protohistorique française», *La Préhistoire Française* dir. por J. Guilaine, II, pp. 135-152.
- RIQUET, R.; RODRÍGUEZ DE ONDARRA, P., 1966: «Étude anthropologique de sujets provenant des dolmens d'Alava», *Homenaje a D. José Miguel de Barandiarán II*, pp. 251-320. Bilbao.
- RÚA, C. de la, 1985: *El cráneo vasco: morfología y factores craneofaciales* (Serv. Publ. Diputación Foral de Vizcaya), Bilbao.
- RÚA, C. de la; BASABE, J. M.^a, 1982: «Evaluation of the sexual dimorphism of Basque Skull», *III European Congress of Anthropology. Athens* (en prensa).
- RÚA, C. de la; EGUÍA, E.; BASABE, J. M.^a, 1982: «Dinámica de los puntos craneométricos y el cuadrilátero de Kjaatsch en la calvaria vasca», *Cuadernos de Sección. Prehistoria, Arqueología, Antropología* 1, pp. 267-284 (Sociedad de Estudios Vascos).
- RUIZ DE AZÚA, P., 1918: «Sepultura tardenoisiense de Axpea (cerca de Trespuentes, Álava)», *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, pp. 483-495.
- RUIZ DE GAONA, M., 1945: «Resultado de la exploración de la caverna prehistórica de Txispiri (Gaztelu)», *Boletín de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País* 1, pp. 157-176, 271-288, 389-403.
- SAINTE-PÉRIER, R. de, 1930: *La Grotte d'Isturitz. I. Le Magdalénien de la Salle de Saint-Martin* (Archives de l'I.P.H. n° 7), Paris.
- SAINTE-PÉRIER, R. de, 1936: *La Grotte d'Isturitz. II. Le Magdalénien de la Grande Salle* (Archives de l'I.P.H. n° 17), Paris.
- SAINTE-PÉRIER, R. de, 1952: *La Grotte d'Isturitz. III. Les Solutréens, les Aurignaciens et les Moustériens* (Archives de l'I.P.N. n° 25), Paris.
- VALLOIS, H. V., 1943: *Anthropologie de la population française* (Didier), Paris.
- VALLOIS, H. V.; MÖVIUS, H. L., 1953: *Catalogue des Hommes Fossiles* (19e. Congrès Géologique International), Argel.